Accessions 115703

Shelf No. D.158.18

SICUT PATRIBUS SIT DEUS NOBIS
BOSTONIA
CONDITA A.D.
1630
CIVITATIS REGIMINE DONATA A.D. 1822.

GEO. TICKNOR. OB. JAN. XXVI. MDCCCLXXI.

BOSTON PUBLIC LIBRARY

BEQUEATHED BY

George Ticknor.

Rec^d. Apr. 26th. 1871.

F. 6.a

F. 6. a.

LAS ODAS

DE

D. LEON DE ARROYAL.

Nolis longa ferae bella Numantiae,
Nec durum Annibalem, nec siculum mare
Poeno purpureum sanguine, mollibus
Aptari citharae modis.

HOR. *Carm. lib.* 2. *Od.* 12.

MADRID MDCCLXXXIV.

POR D. JOACHÍN IBARRA IMPRESOR DE CAMARA DE S. M.
Y AYUDA DE SU REAL FURRIERA.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

D-158
18

115703

5,5,1

AL QUE LEYERE.

Llámase Poesía lírica, aquella cuyos versos pueden cómodamente ser tañidos, cantados, y baylados; y esta se divide en varias especies, segun á los varios objetos á que se destina. Yo aquí trato de la lírica, que abrazando el Pean, ó Panegírico, esto es, sirviendo á las alabanzas de las acciones generosas de los héroes, desciende tambien á los amores, á las quejas, á los zelos, á los zaherimientos, á las burlas, á las reprehensiones, á las enseñanzas, &c. y todo lo

comprehendo baxo el nombre de Oda, corrompido del griego ᾠδή, que significa cancion, ó canto.

2.° Algunos han querido que la Oda sea precisamente laudatoria, fundados en que lo son todas las de Píndaro, que es reputado por Príncipe de los Líricos Griegos; pero á la verdad no han reflexionado mucho quando han pronunciado esta sentencia. Anacreon, Sapho, y Stesícoro cantaron sus Odas á la lira, y ninguno de ellos se ligó á las alabanzas. Horacio, que es el mejor lírico que ha tenido el mundo, porque no ha habido quien como él sepa unir en sus obras la fuerza y elevacion Pindárica con la delicadeza y dulzura Anacreóntica, y de quien, con mas razon que él lo decia de Píndaro, pudiera decirse:

Si alguno intenta el emularse á Horacio,
Julio, de cera con dedaleas alas
se viste, y quiere al cristalino Ponto
nombre ponerle.

Trató en sus Odas casi quantos asuntos se ofrecen en la vida civil; porque él hace ofertas á los Dioses, él alaba á los héroes, él baldona á los malvados, él se burla de las cosas ridículas, él se queja de sus contratiempos, él convida á sus amigos, él da lecciones de Filosofia, y en fin su lectura convence el que la Oda es á qualquier cosa acomodable. Empero debe saberse, que su estilo, aunque siempre le sea propia la nobleza, elevacion y antusiasmo, varía, segun varían los asuntos que trata. Explicaréme.

3.° La Oda que celebra las acciones generosas de los héroes, exîge para guardar

la magestad de su carácter, un natural elevado, una imaginacion acalorada, un espíritu grande, una expresion brillante y noble, y una pureza y correccion escrupulosa. La que se dirige á los amores, á las quejas, á los zelos, y cosas de esta clase, necesita una ternura natural, una dulzura expresiva, y unos sentimientos afectuosos. La que es destinada á los zaherimientos, y burlas, ha de tener una cierta sal graciosa, que al tiempo que se haga dolorosa deleyte, y que aunque hiera á muchos, no pueda alguno quejarse. La que es para las reprehensiones y enseñanzas, ha de abundar de sentencias claras, doctrina sólida, y reflexîones prudentes. Y esto mismo ha de entenderse de cada un asunto, que se ha de tratar con aquel estilo mas

natural y propio á él; bien que se han de adornar las Odas las mas veces, principalmente si son heroycas, con noticias exquisitas, ya de la Historia, ya de la Fábula, pues aunque hoy pretenden algunos el desterrar hasta las fábulosas de la Poesía, no deben en esto ser seguidos; y hé aquí en lo que me fundo: las piezas poéticas de esta clase, que se nos presentan por modelos perfectos, estan llenas de historias y fábulas: luego quien desee alcanzar aquella perfeccion, habrá de seguir lo que ve en ellas. Yo he llegado á maliciar, que no pocos son contrarios á estos bellísimos, é instructivos adornos, porque no saben acomodarlos; pero esto téngase por malicia mia.

4.° Insinué arriba, que Píndaro era reputado por el Príncipe de los Líricos

Griegos; y á la verdad en su clase ninguno le igualó. El carácter de su estilo es la sublimidad acompañada de la sencillez: sus Odas se remontan hasta los cielos, y pudieran ser entendidas de los rústicos Labradores, si estos tuviesen inteligencia del dialecto greco-dórico, en que están escritas. La maestría con que trata qualquier argumento, es admirable; y la belleza de las imágines, suavidad de la diccion, propiedad de las alusiones, y novedad de los pensamientos, apénas dan lugar á ser imitadas. El pasa felizmente de uno en otro sugeto, entrando y saliendo en qualquier asunto con libertad y ayre magestuoso, aunque natural y simple; y así vemos que hace amenos y deliciosos los mas áridos argumentos. Porque sencillamente hablando, el celebrar á un

vencedor en el Pancracio, el Pugilato, los Cestos, la lucha, la carrera, ú otro de aquellos exercicios atléticos, que se executaban en los juegos Olímpicos, es asunto que si hoy se propusiese, apénas se hallaría quien, sin mezclar mil cosas inconexâs, le pudiese desempeñar con alguna amplitud. No porque no haya ingenios tan sublimes, é imaginaciones tan acaloradas como la de este gran Poeta; sino porque tenemos un falsísimo concepto de la sublime Poesía; y así vemos, que se gradúan con el nombre de *Pindáricas* ciertas canciones hinchadas, pomposas, campanudas, gigantescas, obscuras, y llenas de erudicion hojarascosa, y versos rimbombantes, quando nada es tan contrario al estilo de Píndaro como estos defectos. La verdadera sublimidad

consiste en lo elevado de los pensamientos, en la propiedad de la expresion, en la amenidad de las imágenes, en la claridad de las ideas, en la energía y nervio de las sentencias, en la pureza de la elocucion, y en la naturalidad del estilo. Una cosa es ser hinchado, otra sublime. La hinchazon la vemos en casi todos nuestros Poetas: la sublimidad en muy pocos de ellos. Pero vengamos ya á Anacreonte.

5.° Anacreon de Theos, Ciudad de la Jonia, que floreció en la Corte de Polycrates, siguió diverso rumbo que Píndaro: sus Poesías, que en todo tiempo han sido las delicias de las Musas Griegas, parece se compusieron para acompañar los bayles de las Gracias; y su principal hermosura consiste en la viveza de los

pensamientos, la suavidad de la elocucion, y lo festivo de los argumentos, que casi siempre brindan con el deleyte y la alegría; pero de estas qualquiera de los nuestros puede juzgar, por tener de ellas en castellano la mejor traduccion que se pudiera desear en España, hecha por el inmortal Villegas. De Sapho, y Stesícoro solo quedan algunos fragmentos, cuya belleza es muy parecida á la de Anacreonte, principalmente los de la Poetisa.

6.° Horacio, que floreció en el siglo mas pulido de Roma, uniendo, como ya dixe, la elevacion Pindárica á la dulzura Anacreóntica, compuso sus Odas con quanto primor es imaginable, formándose un estilo particular, que le ha distinguido siempre entre los Poetas líricos de todas

las naciones. La variedad de asuntos que trató en ellas le proporcionó el imitar á los mejores Griegos; y yo encuentro en unas á Homero, en otras á Calímaco, en otras á Píndaro, en otras á Anacreonte, en otras á Sapho, y en muchas aun á Luciano el Satírico; pero hizo tan suya la poesía, que siendo imitador de todos estos, es mejor original que qualquiera de ellos, y no se puede decir que su estilo sea tomado de alguno, siendo tomado de todos.

7.° Catulo, llamado por excelencia el *melífluo*, procuró con empeño el seguir á Anacreonte: y yo no sé que otro se le asemeje mas ni en la libertad de los pensamientos, ni en la viveza de las imágenes, ni en la propiedad de la diccion, ni en la ternura de los versos; tanto que, mu-

chas de sus Odas si estuviesen en griego se tendrian per Anacreónticas, y no por Catulianas. Yo habia pensado en demostrar esto entrando en el segundo libro de mis Odas algunas que tengo traducidas de este insigne Veronés; pero he determinado el dexarlas para quando salgan con otras muchas de casi todos los buenos Poetas antiguos, que ya tengo trabajadas.

8.° Boecio introduxo en su consolacion de la Filosofia ciertas Odas, que dan bien á conocer que era tan buen Poeta como Filósofo; y aunque escritas despues de la irrupcion de los bárbaros, le han merecido lugar entre los Escritores del tiempo de Augusto, ya por la pureza del lenguage, ya por la amenidad de las ideas, ya por la elevacion del estilo, y ya

en fin por la sanidad de la doctrina.

9.° Entre nuestros Poetas tenemos algunos buenos líricos, sin embargo de que no todos han seguido los pasos de la antigüedad, ni sus liras han tenido el mismo temple que las de Píndaro, Anacreonte, Sapho, Horacio, Catulo y Boecio, habiendo sido solo Don Esteban Manuel de Villegas el que emprehendió en toda su extension este camino, mas dificultoso que lo que comunmente se piensa; y á la verdad yo no sé por que algunos pretendan, sobre él, dar la primera lira de España al Príncipe Don Francisco de Borja, siendo así que hay mayor distancia, á mi ver, de las Poesías líricas de Esquilache á las de Villegas, que de las de Villegas á las de Horacio.

10.° Fr. Luis de Leon tiene algunas

Odas excelentísimas; pero son pocas para merecerle el nombre de Poeta lírico en toda su extension. Garcilaso de la Vega, Hernando de Herrera, los Argensolas, Don Francisco de Quevedo, Vicente de Espinel, Fernando de Figueroa, Lope de Vega Carpio, Francisco Sanchez de las Brozas, y algun otro aun de los modernos, han hecho liras bastante buenas; pero ninguno tantas, que compongan cuerpo de Poesía lírica, ó á lo menos andan desunidas. El que sin duda hubiera conseguido, si lo emprendiera, el ser un excelentísimo lírico, hubiera sido Don Pedro Calderon de la Barca; pero erró su vocacion metiéndose á cómico sin la precaucion necesaria. El es indudable que sobre tener elevacion y grandeza de ánimo, tiene facundia y amenidad increible en

varias Odas, que entretexe como episodios de sus Comedias, y pienso que haria servicio á nuestra literatura el que las entresacase, é imprimiese separadas.

11.° Yo, aunque no dudo que para llevar la Oda á la perfeccion que requiere, apénas es bastante el mas sabio hombre, y mas bien dispuesto del mundo, siguiendo mi proyecto de imitar en lo que pueda á los antiguos, he compuesto las Odas que aquí publico, no perdiendo de vista á Píndaro, Anacreonte, Horacio, Catulo, Boecio, y los mejores de nuestros Poetas. Bien conozco que no serán de la aprobacion de aquellos que atienden mas al sonido de las voces, que al sentido que en ellas se contiene; porque en especial en los peanes, ó panegíricos no tanto he cuidado de la dulzura de la expresion,

como de la elevacion, y grandeza de la sentencia; pero los sabios tengo esperanza sean en mi favor. En los adornos he usado indistintamente de las Historias fabulosas, profanas, sagradas, y eclesiásticas: el que no las entienda, no me culpe de obscuro, porque no tendrá razon, si no cúlpese á sí mismo de no haber hecho el estudio necesario. Mis conceptos he procurado sean fáciles de entender á todo el que los lea, ú oiga. En lo demas ni sentiré que los doctos con moderacion me censuren, ni habré cuidado de que los necios con altivez me desprecien.

NOTA.

Por suplemento al libro segundo he puesto las Odas de una Señora, cuya modestia no permite se declare su nom-

bre ; y aunque conozco que por su belleza anacreóntica harán bastante sombra á las mias, he juzgado que no debo defraudar á los aficionados á la buena poesía, de uno de los mejores rasgos del ingenio Español, digno de las edades sabias de la Grecia, y que en este juguete ó ensayo poético da no poco á conocer el gran fondo de erudicion de su Autora, de quien se pueden esperar sazonadísimos frutos literarios, siempre que pierda su natural cobardía y encogimiento.

LAS ODAS.

LIBRO PRIMERO.

AL EXC.MO SEÑOR

CONDE DE FLORIDABLANCA,

PRIMER SECRETARIO DE ESTADO.

¡Quien qual clarin sonoro,

la voz pudiera dar al mansó viento,
Joseph ilustre, qual la excelsa Fama:
porque con claro acento
tu nombre resonase donde el oro
produce Febo con ardiente llama;
ó donde se derrama
la fuenta Cabalina;
ó donde Olimpo al Cielo se avecina!
Pero las grandes cosas
siempre grandes varones han pedido,
y no alcanza mi fuerza á tanto empeño.
Solo Atlante ha podido
sustentar las esferas prodigiosas,
y aguantar de las Híadas el ceño;
y el Parnaso halagüeño
nunca fuera bastante
á sostener el Cielo como Atlante.
La choza de Pastores
con un débil arrimo está segura,
y no el Real Palacio suntuoso:
en la amena llanura
burlan del recio viento tiernas flores,

y no el alto cipres, ni olmo pomposo.
Lo duro, y trabajoso
pide un hombre grosero,
y lo suave un tierno Caballero.
Por tanto acobardado
de tan dificil y elevada empresa,
como es el celebrar tu nombre amable,
una y otra vez cesa
mi pluma en el trabajo ya empezado,
pareciéndome carga insoportable;
pero advertí agradable,
que Apolo me mandaba
que cantase, y mi espíritu inflamaba.
Yo animado con esto,
la voz al viento dí con melodía,
y con dulzura mucho mas que humana,
tres veces la voz mia
Joseph Moñino repitió, que presto
resonó allá en la esfera soberana.
La montaña cercana
con ecos sonorosos
anunciaba sucesos venturosos.

Libre de calentura
rugió el fuerte Leon, crespó la greña,
y miró á todas partes denodado:
La victoria risueña,
la dulce paz, con la justicia pura,
le animaban del uno y otro lado.
Con el laurel sagrado
y con frondosa oliva
la España coronó su frente altiva.

El yugo sacudiéron
de la opresion Nereo y Oceano,
y alzáron libremente las cabezas.
Al clima mas lejano
seguro paso á todos ofreciéron,
y con él á los hombres mil riquezas.
Movibles fortalezas
de cedro incorruptible
en su espalda cargáron invencible.

El diestro Fabricante
las máquinas prepara, y al trabajo
aplicado, las artes perficiona.
Del favor que le atraxo

la paz, aprovechado el Comerciante,
salida al artefacto proporciona.
Ningun afan perdona
el Náutico atrevido
para hacer el comercio mas crecido.
Descuidado el arriero,
y el viajante, marcha su camino,
sin temor de mal paso, ni ladrones.
En el campo vecino
el labrador robusto y placentero
cultiva sin cesar mil producciones;
y ovejas y castrones
y yeguas y novillos,
guia el pastor en montes amarillos.
La virtud solamente,
y la hombría de bien es atendida,
y no los espantajos de nobleza:
de aquella que es traida
sin saber por que causa de un pariente,
que tal vez no existió en naturaleza,
y aprobó la rudeza
de los bárbaros siglos,

fecundos en patrañas y vestiglos.
La mendiguez odiable
se mira de la España desterrada,
y con favor y asilo la pobreza.
La ociosidad malvada
convertida en industria favorable,
y el pobre socorrido con largueza.
La sobrante riqueza
de la madre querida,
á los hijos se ve restituida.
¡Ó quien pudiera agora
sus voces levantar á las estrellas,
y anunciar esta dicha á todo el mundo!
Ya, Jóvenes, Doncellas,
Niños y Ancianos, va á llegar la aurora,
en que salgais del calabozo inmundo,
del tártaro profundo,
de la miseria infame,
la qual no sé si mas que infierno llame.
Ya la caridad santa
os franquea otra vez sus beneficios,
y á su casa y su mesa os convida.

Ya expuestos á los vicios
no os veeis entre miseria tanta
como hasta aquí: mirando socorrida
ántes que padecida
la indigencia, que á veces
obliga á las acciones mas soeces.
Dad á Dios alabanzas,
celebrad del Monarca las bondades,
y de su buen Ministro el patrio zelo.
Aldeas y Ciudades,
con fiestas y con gozos, y con danzas
hagan sonar sus vivas en el Cielo:
que yo con raudo vuelo
llevado del Pegaso
los loaré en la cumbre del Parnaso.
Mas en tanto que llega
tiempo de celebrarte, Señor mio,
oye estas Odas, que á tu Ilustre nombre
dedico; y yo confio,
que si el hado descanso no me niega,
no tardaré en hacer que tu renombre
y fama al mundo asombre,

si no por la belleza
de mis versos, Señor, por tu grandeza.

ODA II.

Que nunca en mis versos buscaré la alabanza del vulgo por ser de poco fundamento, y duracion.

Bien cruce altivo las excelsas cumbres
del de dos frentes Cabalino monte
sobre las alas del veloce hijo
de impura sangre:
Bien en su falda el ganadillo tierno
contento guarde repastando flores,
y con rabel y pastoril zampoña
cante sencillo:
Bien del clarin al belicoso acento
hechos celebre de la ilustre España,
y en paz augusta, ó en sangrienta guerra
Reyes alabe:
Bien en la diestra el ruginoso acero,
en negra sangre y en sudor bañado,
terror poniendo, y anunciando muertes,

calce coturno:
Bien con el zueco entre el vulgacho bayle,
diciendo en risa la verdad sagrada:
bien mas mordaz que Juvenal y Persio
cuerdo censure:
Nunca del vulgo las profanas voces
iré buscando, que á alabanza suenen,
ni irritaréme porque siempre injusto
faltas me ponga.

ODA III.

A Artida, desengañándola que los lascivos adornos la hacen aborrecible.

¿Piensas que he de quererte
porque te aliñes el cabello de oro?
¿ó que he de pretenderte
porque en el pecho lleves un tesoro?
¿ó piensas atraerme, dime, impura,
por tu sobrado adorno y hermosura?
Pues sabe, que engañada
intentas ablandarme, y me endureces;

que en tu conducta errada,
ramera, y muger torpe me pareces;
y no pienso, ó Artida, será justo
que yo pierda mi honra por tu gusto.
Si virtuosa fueras,
de mí sí que serias bien querida;
y si juicio tuvieras,
te verias de mil apetecida,
pues no hay cosa del hombre mas amada,
que la muger honesta y recatada.

ODA IV.

A Crosida, confesando el amor pasado, pero negando haya quedado alguno de presente.

Améte, no lo niego,
y creció en poco tiempo á tanto grado
mi amor, que el dulce fuego
no pudo estar oculto, ni callado;
dexóse ver la llama,
claras señales de quien ciego ama.
Sin tí no apetecía

alguna cosa que por dicha hallaba;
y porque no leía
tu nombre en qualquier libro, me irritaba:
sin ver tus negros ojos
tristeza me era todo, todo enojos.
Ni el Sol me era luz pura
el dia que no via yo tu cara,
ni la noche era oscura
como yo te mirase; antes mas clara
que el Alva refulgente,
quando ilumina el cielo desde Oriente
Ni el campo era recreo
á mi pasion, la soledad, ni el rio;
mas si ibas á paseo
¿ que vez no te siguió el afecto mio,
qual girasol dorado,
que da la vuelta por mirar su amado?
¿ Que suaves canciones
no canté con tu nombre en la maleza?
¿ Con que tiernos renglones
no señalé del sauce la corteza?
Hable el Zurguen y el Tormes,

que ámbos qual yo lo contarán conformes.
Entónces tú me amaste,
y tu pasion mostrabas con exceso.
Verdad es que pagaste
mi tierno amor, que yo te amé confieso;
pero el pueblo dudaba
quien á quien de los dos mas se estimaba.
Este amor poco á poco
se fué templando en tí y en mí de suerte,
que segun por mí toco,
el que era fuego dulce es yelo fuerte:
veo que eres agena
siendo ántes mia, y no me causa pena.
Que te alegres, ó llores,
ni me impele á dolor, ni da alegría,
ni el pensar tus favores
me trae contentamiento qual solia,
ni tu vista deseo,
ni me acuerdo de tí si no te veo.
Licimnia solamente
es agora quien rige mi albedrio:
esta sí dignamente

ocupa el corazon y el amor mio,
que es suave y discreta
y de mas vivo ingenio que un Poeta.
Con que así, si has juzgado
que pudo tu desden entristecerme,
Crosida, haste engañado,
y no has llegado aun á conocerme;
pues ya que nada intento,
con qualquiera fortuna me contento.

ODA V.

Alabando la vida de la Aldea, se desprecia la cortesana, donde apénas se halla otra cosa, que desasosiego y vicio.

El Labrador recuesta
en una vil pagera
el cuerpo del trabajo fatigado:
con calor, que le presta
su capote y montera,
alivia su fatiga sosegado:
él duerme sin cuidado,

y el Señor, á quien ruega,
ni duerme, ni descansa, ni sosiega.

En la eminente cumbre
de la frígida sierra
pasa la noche al frio y al sereno,
á el lado de la lumbre,
envuelto en vaqueril caliente heno
el carretero bueno;
y el Señor, á quien ruega,
ni duerme, ni descansa, ni sosiega.

En unas pobres pieles
duerme el Pastor rendido,
miéntras la fria escarcha dexa yerta
la copa á los laureles,
y al Soldado aterido
en la garita, sobre el muro puesta:
con júbilo se acuesta;
y el Señor, á quien ruega,
ni duerme, ni descansa, ni sosiega.

El mísero Aldeano
en su pajiza choza
pasa la noche alegre, pensativo

en el rico verano,
y con él se alboroza,
juzgando ver con fruta el verde olivo,
en que esmeró el cultivo;
y el Señor, á quien ruega,
ni duerme, ni descansa, ni sosiega.

El Vaquero robusto,
en ásperas montañas,
cuidando de sus vacas y novillos,
pasa el otoño adusto,
hinchendo con sus cañas,
y alegre son de dulces caramillos
los montes amarillos;
y el Señor, á quien ruega,
ni duerme, ni descansa, ni sosiega.

El jóven Zagal canta
en la dehesa florida
á la hermosa Zagala que venera;
y su dulzura es tanta,
que dexa suspendida
la corriente del rio placentera,
con el ave y la fiera;

y el Señor, á quien ruega,
ni duerme, ni descansa, ni sosiega.
El Mayoral sin susto
va de noche á la Aldea,
do su esposa la cena le previene,
y amorosa con gusto
los hijos le rodea,
y colmada alegría en ellos tiene:
el cansancio entretiene;
y el Señor, á quien ruega,
ni duerme, ni descansa, ni sosiega.
¡Ó desdichada vida
la del Palacio y Corte,
donde el que adula solo es estimado,
la doblez admitida,
y la mentira el norte!
y ¡ó dichoso en la Aldea retirado,
donde duerme el criado;
y el Señor, á quien ruega,
ni duerme, ni descansa, ni sosiega!

ODA VI.

Sigue el asunto de la pasada describiendo algunas delicias del campo.

¡Ay, verde bosque! ¡ay, soledad amada!
¡ay del manso arroyuelo amena orilla,
do la simple avecilla
con trinos al Pastor humilde agrada!
do la blanca y pintada mariposa
besa la rosa,
y el gilguerillo
en el palillo
de la alta encina
amante trina,
miéntras favonio y céfiro soplando,
el prado van de flores esmaltando.
Vosotros solamente podeis darme
la paz, el bien que el hombre siempre anhela,
y mientra Boote yela,
con sosegado sueño regalarme:
aquí, donde la guerra no se halla,

y al pie del haya
del val sombrío,
por donde el rio
tan blandamente
lleva corriente,
solo se escuchan dulces panderetas,
y resonar alegres castañetas.
Ni del mísero oigo el triste llanto,
á quien el luxô traxo á la pobreza,
ni del que á la baxeza
precipitó fortuna con espanto.
Aunque el Africa y Asia ardan en guerra
nada me aterra,
y á lo presente
tan solamente
dame cuidado
si mi ganado
está seguro del asalto y robo
del siempre fiero devorante lobo.
Ni el hórrido rugir de tigres fieros
asusta á mi rebaño, ni del oso
el bramido horroroso

hace huir á mis cándidos corderos:
si alguna vez el lobo foragido
llega atrevido,
de mí arrogante,
luego al instante
allí es cargado,
y apedazado
el cruel fiero por sus manos blancas,
y los hierros que trae en las carlancas.

No me causa temor que Eolo fiero
dé fuerza al Aquilon, y al Euro saña,
ni que con furia extraña
quiera el mar sumergir al pasagero:
ni que soberbio el sacro Jove truene,
ni que serene
su húmido hermano
con presta mano,
y con los sones
de los Tritones
el agua espero; ni en la cruel borrasca
temo mirar la nave que se atasca.

Del Cantábrico mar enfurecidas

las olas, braman salpicando el cielo:
todo es pena y desvelo,
todo clamor, las naves ya perdidas:
suspira el mercadante fatigoso
aquel reposo
que antes gozaba:
lo que miraba
como desdicha,
ahora le es dicha;
y yo sé que trocara por mi estado
los tesoros que en Indias ha juntado.

Déxase apénas ver el rubio Apolo
en carro de fulgor por el oriente:
me visto diligente,
y en el campo me encuentro alegre y solo,
no teniendo á mi vista, ni á mi oido
el atrevido
papel maldito
contra mi escrito,
ni el lisonjero,
que el verdadero
camino de la santa vida encubre,

y solo el de la culpa nos descubre.

Miéntras otros, hidrópicos del oro,
debaxo de la tierra sepultados,
se miran amarrados
por sacar de su centro algun tesoro,
yo suelo estar sentado entre tomillos,
y con sencillos
tonos cantando,
y celebrando
la hermosura
de la mas dura
Pastora, que apacienta aquí corderos,
y el mas fino Zagal de estos oteros.

Aquí sinceras son las diversiones,
no como las que se usan en la Corte,
que son brúxula y norte,
á quien siguen los vicios y traiciones:
en una grande viga columpiamos,
varas cortamos,
y nos mecemos,
y luego hacemos
letras sabrosas,

y con melosas
voces y metros las Zagalas cantan,
miéntras á su placer los otros saltan.

Ni tenemos teatros, ni Comedias,
donde se enseña el vicio y malas mañas,
siendo tambien extrañas
las Operas, los Bayles y Tragedias:
ni es necesario que el audaz Soldado
de fuego armado
algo contenga,
ni que prevenga
Juez vigilante
al pueblo errante,
ni la severa ley que atemorice,
pues á la razon nadie contradice.

A la sombra de un árbol recostados
dormimos mas seguros y contentos,
que allá en sus aposentos
los Reyes, de mil guardas rodeados:
un traydor cada bulto les parece,
el susto crece,
el licor bueno

juzga veneno,
todo es temores,
y sinsabores,
siendo en todas sus obras censurado
el Príncipe mas bien afortunado.
Ser murmurado del vulgacho ciego,
y de muchos estar aborrecido,
siempre le ha sucedido
al mas afortunado palaciego.
Ya si el Rey le habla afable se envanece,
ya se entristece
por qualquier cosa,
ya la gloriosa
suerte se acaba,
y aquel que estaba
gobernando las riendas del Estado,
mísero queda, triste y despreciado.
¡Ó infelíz tiempo! ¡ó tiempo miserable
el que se pasa en Cortes y Palacios,
cuyos anchos espacios
llenos estan de envidia abominable!
donde adula con pérfida mentira

quanto se mira,
y la codicia
todo lo vicia,
siendo estimado
aun el malvado;
y ¡ó dichosa la vida de la aldea,
donde con sencillez todo recrea!

ODA VII.

A Cionio, exhortándole llegue con ánimo puro y sencillo á la presencia de los Dioses.

Si á ofrecer sacrificio
á Apolo, Clario, alguna vez llegares,
advierte que sin vicio
te debes acercar á sus altares,
para escuchar con alma bien dispuesta
del Dios sagrado la sutil respuesta,
Y no vayas buscando
cosas injustas fuera de camino;
ni quieras que tu bando
siga el Dios con seguir tu desatino,

ni busques Sacerdote que inhumano
el oráculo finja soberano.
Tampoco Dios alguno
sobre la duracion de tu fortuna
consultes importuno,
sino dexa regir la blanca Luna,
sin que te cueste una impaciencia vana
el saber hoy lo que sabrás mañana.
A Dios tan solamente
saber lo venidero se concede,
y es cosa impertinente
querer saber el hombre quanto puede
saber sucederá de dia en dia
la docta y eternal Sabiduría.
El dia qual viniere
debe ser de nosotros recibido,
bien en él se prospere
la dicha, ó bien contrario sea venido,
ó Jove truene en su elevada cumbre,
ú oculte Apolo su brillante lumbre.
Y ten por sacrilegio
no llegar de esta suerte preparado;

pues no, no hay privilegio
para llegar, Cionio, con pecado
doude llegar tan solo se debiera
con puro corazon, y fe sincera.

ODA VIII.

Al Capitan General Don Pedro Cevallos, en alabanza de la expedicion y toma de la Isla de Santa Catalina.

Infunde, infunde, Clio,
infunde magestad al canto mio,
y al son de trompas, pífanos y caxas
hinchiré con mis voces todo el suelo,
haciendo que resuenen en el cielo
con la heroyca alabanza
de Don Pedro Cevallos:
suspenderé de Febo los caballos;
y en la suprema estanza
del alto firmamento,
de los Dioses el coro estará atento
oyendo las hazañas del Hispano.

¡Ó Apolo soberano,
y quien como el mas digno de memoria
Virgilio Mantuano,
el que de Eneas celebró la gloria,
sus voces levantára,
y hazaña tan gloriosa celebrára,
que no cabiendo en bárbaras regiones,
extiende por Europa sus blasones!
¡Quien pudiera alabarte dignamente,
¡ó Español generoso! y en tu frente
cívicas y murales mil coronas
colocar de laurel y verde oliva,
haciendo eterno viva
tu nombre sin segundo,
á pesar de los años en el mundo!
Pero esto ya es cuidado de la fama,
que con clarin sonoro
victorioso te aclama
desde el claro Janeyro
hasta do el Tajo sobre arenas de oro
la planta besa del Palacio altivo,
del Aranjuez famoso,

habitacion del Rey mas poderoso,
que mira el sol de México á la Aurora.
Este Rey, que del mundo se enseñora,
este Augusto Monarca,
cuyo blason entero
publicaré al decir Cárlos Tercero,
viendo desde la altura de su solio
una Nacion osada
romper aleve la amistad sagrada,
perturbando la paz de sus vasallos,
qual Leona á quien quitan
los hijos pequeñuelos,
que pone los rugidos en los cielos,
crespando airada la feroz melena,
la cólera y amor el pecho llena
del heroyco Señor, y determina
esta vez, deponiendo su bonanza,
tomar justa venganza
del falso Portugues con total ruina.
Para esto llama al Campeon Cevallos,
el qual ya enjuta la valiente espada,
que bañó un tiempo en sangre Portuguesa,

la tenia envaynada;
mas era así qual tigre, que encerrado
parece no está airado,
y mirándose suelto en la maleza,
mayor furor adquiere, y mas braveza;
pues luego que escuchó del noble Cárlos
el soberano intento,
dexóse ver el generoso aliento,
que entre las blancas canas
abrigaba: dexó las cortesanas
delicias, marcha á Cádiz, junta tropa,
el mar se llena de una y otra popa;
cubren el cielo las tendidas velas,
tiendas se embarcan de las crudas telas
con el aureo cañon, que escupe muertes:
la Nobleza de España
acompañarle intenta en tal hazaña:
luego se embarcan los Soldados fuertes
con comun alegría:
felíz presagio del felice dia
de la inmortal victoria.
Todos ansiosos de la fama y gloria,

el viage apresuran, suena el parche,
mandan los tiros que la Esquadra marche;
y con bélico estruendo
de España despedidos,
resueltos á no verla mas vencidos,
en las doradas popas impeliendo
favonio arroyan espumosas olas.
Víanse tremolar las banderolas
por el viento sonoro,
las naves relumbraban con el oro,
y á una corta distancia parecian
una ciudad altiva,
que sostenida de las aguas iba.
Alzó entónces la frente el Oceano
con perlas y coral el pelo cano,
y conchuelas y ovas guarnecido;
y viendo embebecido
tan poderosa Armada, y tal grandeza,
moviendo á un lado y otro la cabeza
en señal de alegría,
el pelo, que hilos de agua aún corria,
quitando de la frente,

así le dixo al General valiente:
Salve, salve, Cevallos,
de cuya fama los fulgentes rayos
la infame envidia ciegan:
salve, ó hijo de Marte,
pues contigo reparte
sus triunfos y victorias:
adquiérele á tu España nuevas glorias:
anda, destruye, venga por tu mano
el atentado infiel del Lusitano:
pruebe otra vez el filo de tu espada,
y quede castigada
su crueldad sangrienta:
camina por mi Reyno con sosiego
sin que te inquieten furibundas olas,
y contigo tus naves Españolas:
pasa á llevarlo todo á sangre y fuego.
Luego á Triton llamando,
delante de las naves hace vaya,
el caracol de nacar resonando,
hasta que lleguen á la opuesta playa.
De entre el agua sacaban albos cuellos

las Nereidas por ver garzones bellos
de la felice España,
y á las naves cercaban con extraña
y suave armonía.
Llegado al fin del desembarco el dia,
la tropa salta en tierra,
publica el parche la sangrienta guerra,
despide balas con horrendo ruido
el cañon de la pólvora impelido:
resuenan por el ayre las trompetas,
las espadas relumbran y escopetas:
tremólanse banderas Españolas,
sin que evitar pudiese tal empresa
el ardid de la gente Portuguesa.
El General contrario
con su cobarde temerosa gente
la Plaza desampara de repente;
y sin que se atreviese cara á cara
á hacerle resistencia,
quiso implorar de léjos la clemencia
del Español intrépido y prudente.
En las altas almenas los pendones,

bordados de Castillos y Leones,
se vieron levantar: la Lusitana
gente, que los castillos guarnecia,
abatió de repente
su tanto ponderada valentía,
y se pensó salvar qual la pasada
con fuga ignominiosa;
pero no halló tan facil retirada,
pues con presteza extraña,
y próspero suceso,
ya encontraron cortada la montaña;
y no hallando otro medio de salvarse,
hubiéron de entregarse,
y el Portugues Exército fué preso,
sirviendo sus banderas
no á las plantas de Cárlos por alfombras,
mas baxo de la alfombra por esteras;
pues los trofeos de cobarde gente
ni aun alfombra decente
son á las plantas del excelso Cárlos,
que harta honra les concede con pisarlos.
Ya te alcanzó, Cevallos, la victoria,

Monarca el mas glorioso de la tierra:
ya ajada ves la Lusitana gloria,
ya prueba el filo de sangrienta guerra:
usa, Señor, piedad con el rendido,
pues aunque mas te veas ofendido,
mas ganarás y mas en perdonarle:
su rubor es bastante á castigarle,
pues si no tienes la esforzada mano
de Cevallos valiente,
no quedará con vida Lusitano
en quanta tierra ocupa en Occidente.

ODA IX.

A la buena memoria del Marques de la Romana, muerto en la batalla de Argel.

No canto de Numancia
la desgraciada, é infelice suerte,
ni alabo la constancia
del Saguntino fuerte
en mas que esclavitud querer la muerte.
No la ínclita victoria,

donde fué el Rey de Francia prisionero,
ni de Colon la gloria,
que le dió el Orbe entero
por descubrir las Indias el primero.

Ni de Páris y Helena
la porfiada resistencia canto,
ni la trágica escena
que en Asia pudo tanto,
que el pecho del gran César movió á llanto.

Mas sí con tono grave
mi cítara mas bien que la Lesbiana
lamentará suave
la muerte ¡ay Dios! temprana
del glorioso Marques de la Romana.

De aquel que en la defensa
de su patria perdió la vida amada,
haciendo siempre ofensa
con su valiente espada
en la mora canalla innumerada.

Del que ni las heridas
le pudiéron hacer que atras volviese,
ni aquellas tan sentidas

desgracias que temiese,
ni su pecho animoso decayese.
De aquel á quien amaba
la juventud de España y su nobleza,
y en quien solo esperaba,
que yendo á su cabeza
le sirviese de escudo y fortaleza.
De aqueste varon fuerte,
sí, cantaré con métrico lamento,
primero que la muerte
ponga fin á mi aliento,
porque sea á sus glorias monumento.
De este por quien Valencia,
á quien su ser y subsistencia debe,
de dolor y clemencia
su corazon comueve,
seale á tal varon la tierra leve.
Y escríbase en la losa,
que ha de cubrir el su sepulcro pio:
AQUÍ ES DONDE REPOSA
BAXO ESTE MÁRMOL FRIO
LA LEALTAD, VIRTUD, NOBLEZA Y BRIO.

ODA X.

A Cupido, pidiéndole, no que temple los rigores de Lidia, sino que haga olvidar una perdida ocasion.

No, no te pido, hijuelo de Citeres,
Dios del amor, sagrado niño mio,
no te pido que temples el impío
rigor de Lidia, ni mi amor prosperes
rindiendo su albedrío.

Empero sí te ruego, que el olvido
de mí destierre la memoria triste
de aquella noche, en que premiar quisiste
mi verdadero amor, dulce Cupido,
y á Lidia me ofreciste.

Haz que no me atormente el pensamiento,
poniéndome delante el perezoso
movimiento que el carro luctuoso
de la noche llevaba con portento
por hacerme dichoso.

Que esta grande bondad conmigo haga

tu piedad poderosa solo quiero,
no permitiendo al tiempo venidero
con mi sangre teñido de esta daga
quede el lustroso acero.

ODA XI.

A Laudemia, aconsejándola perdone á su hijo el casamiento que ha hecho contra su voluntad, y le traiga á su casa con su esposa.

Aunque tengas mas oro
que cria la ancha Arabia en sus entrañas,
y aunque mayor tesoro
juntes que quanto valen las Españas:
aunque del occidente hasta la aurora
de todas las naciones
te mires aclamada por Señora:
No has de ensoberbecerte
por mas que sea, Laudemia, tu grandeza,
ni ménos has de hacerte
cuenta que ya estas libre de pobreza;
pues Dios, que es el que da las Monarquías,

sabe deshacer templos,
y tornarlos á hacer solo en tres dias.
El hombre siempre es pobre,
aunque posea el universo todo,
y es preciso que obre
con resabios de ser hecho de lodo:
sea rico, galan, noble, discreto,
siempre á mil infortunios
en este triste valle está sujeto.
Hacemos una cosa,
que solemos juzgar muy conveniente,
y la misma es dañosa
para otro que la mira indiferente.
Perdona, pues, á aquel que te ha ofendido,
y en este mismo hecho
ganarás un amigo agradecido.
Te irritas contra Licio,
porque contra tu gusto se ha casado,
y en ello no hay mas vicio,
que el ser pobre la esposa que ha buscado;
y á la verdad ha sido muy laudable,
pues es la muger rica

la cosa mas atroz, é intolerable.
Hé, vuelve en tí, Laudemia,
trae á casa á tu hijo con su esposa,
y verás como premia
el grande Dios accion tan generosa,
que gusto te aseguro yo completo,
quando tu amable nuera
te dé un hermoso y agraciado nieto.

ODA XII.

A Fabio en la muerte de su esposa consolatoria.

Guarda la suerte á los varones grandes
los grandes golpes de fortuna airada;
mas á ellos nada causa sobresalto,
susto, ni pena.
La lamentable muerte de tu esposa,
no te lo niego, es un dolor terrible;
pero es sufrible si te hicieses cargo
obra es divina.
Hombre naciste, sano juicio tienes,

nada te admire el vaso quebradizo,
como se hizo de la madre tierra,
vuelva á ella misma.
El alma pura de Filene hermosa
mora en el cielo, séate alegría,
que tú algun dia la has de ver gozoso
mucho mas bella.
Y en tanto templa tu dolor acerbo
con ese ángel hijo de Filene,
pues en él viene á concederte el cielo
hijo y esposa.
Y haz meritoria obra la precisa
con fe constante, que el sagrado cielo
no obra en el suelo cosas casuales,
como juzgamos.

ODA XIII.

A Flora, motejándola de habladora, facil, disoluta, y voltaria.

¡Ó tú, mas habladora
que encina de la selva Dodonea,
fácil mudable Flora!
¿quien es el infelice que desea
tu pernicioso trato,
pues de Gliceria y Lamia eres retrato?

¿Á quien como sirena
has atraido con suave acento?
¿Ó á quien, dime, condena
el hado riguroso y macilento,
para que sin ventura
adore tu aparente hermosura?

¿Acaso es Lilibeo
aquel joven, qual tú, torpe y vicioso?
pues este solo creo
te igualará en lascivo y engañoso;
bien que como conozca lo que eres,

buscará en otra parte sus placeres.
Pues eres mas voltaria
que la fortuna, y su inconstante rueda,
y mas fragil y varia,
que el cambiante de flexible seda,
y mudas, segun veo,
mas formas que mudaba el Dios Proteo.
Porque ya te pareces
del fuego etereo al robador famoso,
y ya te ensoberbeces,
siendo de Vénus simulacro hermoso,
y ya por lo beoda
nombre de Prostituta te acomoda.
Queda en fin deshonrada
envuelta en tu vergüenza, si la tienes,
que no es bien empleada
cosa oir la respuesta que previenes;
aunque tú bien conoces,
que para definirte faltan voces.

ODA XIV.

A la mudanza de las cosas, y constancia de su dolor habla un amante.

Ya el alto Guadarrama
muestra llenas de nieve sus cervices,
y mil arroyos de cristal derrama
helando de los bosques las raices,
hasta que con espacio
la planta besan del Real Palacio.
Las flores se marchitan,
y los olmos se miran despojados
de verdor, y las copas precipitan
al rigor de los vientos irritados:
las fuentes se congelan,
y de frio los páxaros no vuelan.
Dexa el campo de Marte
el Militar intrépido y valiente,
y sus fuerzas y exército reparte
el General mas práctico y prudente;
y en su exercicio honrado

para tambien el Labrador cansado.
Mas con soplo suave
favonio apénas trae la primavera,
quando corre la fuente, vuela el ave,
y se cubre de verde la ribera,
cobra el Soldado saña,
y atiende el Labrador á la campaña.
Solo en mi triste estado
alivio á mis fatigas no permito,
llorando dia y noche lastimado,
y vertiendo mis ojos un cocito.
Mas ¡ay! quien no llorara
temiendo que Licimnia le olvidara.

ODA XV.

A Venus y Cupido, pidiendo enamoren el pecho de Amarilis, para que corresponda con finezas: toda es suplicatoria y eucarística.

Ven, ó sagrado hijuelo,
de Citeres hermosa,
ven en rápido vuelo

con aurea flecha dulce y amorosa,
el pecho hiere de Amarilis bella;
y tú, luciente estrella,
alma Vénus divina,
á mi súplica humilde, que destina
mi dolor á tu oido sacrosanto,
y sale envuelta en doloroso llanto,
presta oidos suaves:
así las blancas aves,
que tu nacarea concha llevan prestas,
las calurosas siestas
pasen contentamente
junto una clara y deleytosa fuente,
y tú tengas corona entretexida
de quien zeloso Marte fué homicida.
Yo, pues ¡ó Diosa santa!
(un ñudo estrecho oprime mi garganta)
yo, pues, ví una Pastora:
perdone tu deidad, que he de decirlo:
ví un tu traslado, á quien el alma adora:
te ví allí transformada,
la ví á tus perfecciones igualada:

vi otra Vénus; mas ¡ay! que al proferirlo
temo, suave Diosa, que te enojes.
Ví, suspiré, y amé, y hé aquí la causa
por que mi llanto no permite pausa.
Tú has de favorecerme, á tí me obligo,
ya tus banderas poderosas sigo.
Tú has de rendir mi amada, y para esto
haz que dispare presto
á su pecho tu hijo aguda flecha
de fuego, de oro, de diamantes hecha.
Entónces sí que en pórfidos altares,
entre marmoreos dóricos pilares,
la merced recibida,
de mano de Alcamenes esculpida,
colocaré; y entre mis Patrios Lares
un altar te haré, donde ofrecido
te sea el primer fruto recogido:
dos blancas amorosas palomillas
dártelas he; y la sangre de un becerro,
que tengo señalado con mi hierro,
te aplacará, trayendo decontado
el cordero mayor de mi ganado.

Seis tórtolas tambien, y un ya maestro
ruiseñor, que cantando te divierta,
colgaré en la cornisa de la puerta,
miéntras un negro toro de astas claras
sangriento mancha tus famosas aras:
con manojos de flores
tu santo templo llenaré de olores,
donde Mirra olorosa,
madre infelice del mancebo tierno,
á quien fuiste amorosa,
con un olor eterno
agradable será, y de mil violetas,
y suaves mosquetas
coronas te haré, donde el verdoso
arrayan texa á trechos deleytoso,
y haga agradable vista al claro dia.
Sagrada poesía,
en armoniosos metros concertada
por las doncellas te será cantada:
aquellas digo que casar desean:
los inciensos sabeos, que recrean
noche y dia, en tu altar serán quemados,

subiendo hasta los cielos exhalados:
una tortuga en ceremonia santa
colocaré debaxo de tu planta:
los Pastores que habitan junto al Tormes
á celebrarte acudirán conformes,
siendo por todo el valle repetido:
viva, viva, la madre de Cupido.
Pero si inexôrable
á mi ruego te muestras intratable,
con un acento fiero,
á Ecate llamaré, y el Can Cervero
con horrísono y tímido ladrido
responderá soberbio á mi gemido,
y allá en el reyno obscuro
su voz resonará, y con mil dolores
daré fin infelíz á mis amores.
Esta ánima mezquina,
que me acompaña, triste y peregrina,
el cuerpo insepultado,
sin llegar al Elisio deseado,
cien años titubante
andará triste, mísera y errante.

La denegrida barca de Caronte
mil almas pasará al palacio eterno,
y á los felices campos del infierno,
estando yo de envidia allí entretanto
envuelto en ira, y anegado en llanto:
pasaré duro frio
á las riberas del amargo rio,
y un calor doloroso
junto al Flegeton triste y espantoso,
llevando en rabia mi infelíz estado.
El campo, que agostado
en los presentes meses ya se mira,
del sacro Febo abrasará la ira:
los dulces Pastorcillos,
y amados compañeros
no guardarán los cándidos corderos
en los amenos montes amarillos:
sin cuidado las vacas
en los oteros morirán de flacas,
y ajará de Amarilis la hermosura
tener presente mi mortal figura.
Pero ¡ó Número divino!

¿que, que valor me anima soberano?
sin duda que me vino,
¡ó amable Diosa! de tu santa mano.
¡Ó auspicio favorable!
¡ó señal de los cielos agradable!
rompa, rompa el silencio alegre en gritos,
pues miro las ovejas y cabritos
retozar por el monte,
salir Apolo claro al orizonte,
Venus lucir con brillo placentero,
que todo indica favorable agüero.
Vamos, vamos, amor, á la majada,
que al valle del Zurguen está sentada,
donde con mi Pastora,
que ya fina me adora,
segun lo anuncian claras profecías,
gozarémos contentos y alegrías.
Las gracias revolantes
rodearán la choza, y con amores
darán al puro viento mil loores:
mullirán cama de una y otra rosa
Domicio amable, y Cinxîa Juno hermosa.

Prevenga el sacro yugo Yugatino,
y encienda el nupcial pino
casto Himeneo, y por mayor decoro
calce á su pierna el borceguí de oro.
La mano de Partunda poderosa
hará en nosotros conjuncion gustosa;
y luego de la noche
corra pesado el enlutado coche
con sombras alejando la mañana.
Y tú me asiste, Venus soberana,
para que pueda disfrutar gozoso
en brazos de Amarilis el reposo,
donde sin ya temer á nuevos daños,
pasaré noches, dias, meses, años.

ODA XVI.

Amante en ausencia promete no olvidar á Lidia.

Amenos prados, do la Lidia mia,
pisando yerbas y olorosas flores,
en mas alegre dia
encanto fué de Ninfas y Pastores,

si os hizo entónces florecer su brio,
hoy os hará crecer el llanto mio.

Y tú, fuente agradable, que risueña
tantas veces la viste en tí mirarse,
y en esta verde peña
sentada, con tus aguas recrearse,
mi llanto, que hasta el suelo se desata,
dexa correr mezclado con tu plata.

Vosotros, ¡ó pintados gilguerillos!
que en la huerta vagais de rama en rama,
los cuerpos amarillos
dad al viento, y decid á la que ama
mi corazon, que este mi amor reciba,
y sin temor en confianza viva.

Pues dará antes el dorado Tajo
sus aguas á los campos filisteos,
y con menor trabajo
verá el Egipto montes pirineos,
que alguña falta tenga yo en amarla,
aunque se empeñe el mundo á contrastarla.

Pues ni la griega Helena en hermosura,
ni en castidad Penélope y Lucrecia,

ni Sapho en la dulzura,
por mas que fuese asombro de la Grecia,
la igualan, ni en nobleza generosa
ventajas cede á Elisa la famosa.
¡Ó celestiales sacrosantos Dioses,
que quisisteis amado yo me vea!
oid, oid mis voces,
y haced que nuestro amor eterno sea,
sin que pueda caber desconfianza,
ya que caber no puede la mudanza.

ODA XVII.

A Fabio avariento se le acuerda que nada vale, en llegando la muerte, cosa alguna del mundo.

¿De que te sirve, dí, Fabio avariento,
la abundante riqueza mal habida,
de que estás tan hidrópico y sediento?
¿De que te sirve, dí, pasar la vida,
anhelando sin gusto, ni contento
por una cosa de bondad fingida,

si al fin has de morir, y quando mueras
todo lo has de dexar, aunque no quieras?
¿De que te sirve el oro refinado
apurar á las Indias Españolas,
ni ver que cruzan sobre el mar salado
tus naves tremolando banderolas?
¿De que te sirve andar siempre apenado,
temiendo al viento, y las ceruleas olas,
si al fin has de morir, y quando mueras
todo lo has de dexar, aunque no quieras?
¿De que te sirve gastes al oriente
la lucida brillante pedrería,
ni que el rubí y diamante refulgente
tus pies adornen, ó tu mano fria?
¿De que te sirve anheles diligente
por gozar quanto el mundo entero cria,
si al fin has de morir, y quando mueras
todo lo has de dexar, aunque no quieras?
¿De que te sirve que los anchos mares
satisfagan tu gula con pescados,
y que á costa de sustos y pesares
sean del triste pescador robados?

¿De que te sirve tengas á millares
los sálmones, y atunes regalados,
si al fin has de morir, y quando mueras
todo lo has de dexar, aunque no quieras?

¿De que te sirve que en el monte hueco
no ande seguro el jabalí cerdoso,
ni que á rascarse con el árbol seco
el elefante llegue poderoso?
¿De que te sirve que con ronco eco
guerra resuene el monte cavernoso,
si al fin has de morir, y quando mueras
todo lo has de dexar, aunque no quieras?

¿De que te sirve, dí, tanto testigo
como en tanto criado te acompaña
contra tí, manteniéndose á tu abrigo
otros tantos soldados en campaña?
¿De que te sirve diga que es tu amigo
quien te celebra al tienpo que te engaña,
si al fin has de morir, y quando mueras
todo lo has de dexar, aunque no quieras?

¿De que te sirven, dí, tantos honores
con que el Rey por la patria te ha premiado,

por haber resistido los rigores
del tiempo crudo, y enemigo airado?
¿De que te sirve queden tus loores,
ó bien tu nombre en bronces estampado,
si al fin has de morir, y quando mueras
todo lo has de dexar, aunque no quieras?

Deten un poco, Fabio, tu locura,
y sin pasion contempla aquestas cosas:
míralas al fulgor de la luz pura
de divinas verdades milagrosas,
y advertirás que todas desventuras
son, aunque te parezcan venturosas,
pues tienes de morir, y quando mueras
todo lo has de dexar, aunque no quieras.

ODA XVIII.

A unos Amigos, convidándolos á merendar despues de la expedicion de la Isla de Santa Catalina.

Ya que el cielo permite
que otra vez en paz dulce nos juntemos,

ea, olvidad los remos,
y la region salada de Anfitrite,
y con manchego vino
aliviad las fatigas del camino.
Con manchego, que impele
á desechar tristezas y cuidados,
siguiendo alborozados
al soberano hijo de Semele,
con la cabeza incierta
de verde vid, y de arrayan cubierta.
Ya es justo que tengamos
alguna buena tarde divertida,
pues el tiempo convida
lluvioso, ¿por que causa no logramos
con gusto y alegría
despues de tantos malos un buen dia?
La perdiz olorosa,
y el ave de Junon, con la gallina,
y la que en la marina
ribera canta con la voz melosa
quando muere, en el plato
recrearán al gusto y al olfato.

Allí los gruesos lomos,
y la trompa cruel del feroz bruto,
que á Vénus traxo luto
con la muerte de Adonis, con palomos
cebados en los nidos,
y negros tordos nos serán servidos.
Ea, vamos, que espera
el Milanés fondista, y ya la alcora,
y la plata sonora,
y el cristal de la Granja reverbera,
y á un lado prevenidas
estan botellas de cien mil bebidas.
¡Ó Gran Baco! preside
este nuestro convite; y tú, Citeres,
cólmanos de placeres,
haciendo que el trabajo aquí se olvide,
y la enemiga guerra,
ya que con paz pisamos nuestra tierra.

ODA XIX.

Contra los Avarientos.

Ni es en el Avariento
de algun provecho el oro,
ni la oriental luciente pedrería,
ni el Arabe tesoro,
ni quanto con portento
la madre tierra en sus entrañas cria;
ni goza de alegría
por mucho que posea,
pues que miéntras mas tiene, mas desea.

Ni alivian su fatiga
las inmensas riquezas,
ni los mas honoríficos empleos:
las mayores vilezas
á executar se obliga
para satisfacer á sus deseos;
pero, ¡ay! son devaneos,
que hidrópico impaciente,
miéntras mas tiene, mas codicia siente.

¡Que es verle dia y noche,

en su retrete solo,
de adquirir nuevos modos ideando;
y ántes que el rubio Apolo
sus luces desabroche
dexar la tierna esposa, y lecho blando,
mas y mas anhelando,
aunque vea propicios
le dispensan los Dioses beneficios!
Si acaso ruido siente
al umbral de la puerta,
por mas que sea del Abrego movido,
requiere si está abierta,
temeroso impaciente,
porque su vano y engañoso oido
le representa ha sido
violencia de ladrones,
que vienen á quitarle los doblones.
Una y otra vez cuenta
el áspero dinero,
y á la bolsa le vuelve luego al punto:
aunque sabe está entero,
torna luego á la cuenta,

y tiene su deleyte en verle junto;
aun quando está difunto,
quisiera que en el fuego
se consumiera el cuerpo y el talego.
Si limosna le pide
el miserable anciano,
es como si una injuria le hiciera,
y con rostro inhumano
sin darle le despide,
por mas que su pobreza le pondera:
si mantener pudiera
sin sustento la vida,
por no gastar dexara la comida.
¡O soberanos Dioses,
que tan poco avariento
me quisesteis hacer! oid propicios
desde vuestro alto asiento
el eco de mis voces:
recibid mis devotos sacrificios;
y huyan de mí los vicios
de la infame codicia,
y la dañosa á todos avaricia.

ODA XX.

A unos Amigos, persuadiéndoles á vestir de aldeanos en la Aldea, dexando los vestidos cortesanos para la Corte.

Ya que en aquestos dias
báchîcos de vendimias otoñales,
en que sin cortesías,
sin cumplimiento, ó ceremonias tales,
se pasa dulce vida,
porque á esto el campo y la estacion convida.
Ea, amigos, dexemos
las casacas y chupas cortesanas,
pues muy mal parecemos
con ellas entre gentes aldeanas,
y usemos de pellicos
en vez del oro, y los vestidos ricos.
De no hacer lo que digo
odiosos á esta gente nos harémos;
mas de hacerlo, me obligo
á que el amor de todos disfrutemos

con sola esta mudanza,
pues es causa de amor la semejanza.
Yo por esa maleza
ayer tarde cazando una Pastora
hallé, á quien en belleza
ninguna competir puede, Señora
de nuestras Madrileñas,
aunque esta esté criada entre las peñas.
Pero aunque porfiaba
para que respondiese á mis cariños,
ella á todo callaba
dé rosicler mezclando los armiños
de sus tiernas mexillas.
¡Ó dulce amor! á quanto el alma humillas.
Yo vengo, y los vestidos
cortesanos trocando en pastoriles,
torno hácia los exidos,
donde advertí tenia los rediles,
y como Pastorcillo
volví á hablarla en amor muy mas sencillo.
Y mi ardid tanto pudo,
que aquella cortedad ya desechada,

en estilo no rudo
respondió á mi pasion enamorada.
Mirad si es conveniente
el vestir como viste aquesta gente.
No, no hay que detenerse,
buscad pellicos de agraciadas pintas,
y hasta el nombre ponerse
de Silvio, Coridon, Batilo, Amintas:
dexad para la Corte
el nombre propio y cortesano porte.
Y luego quando suenen
las roncas caracolas y panderos,
que es señal de que vienen
de los montes y viñas ganaderos,
y zafios labradores,
nos vean ya trocados en Pastores.
Y entónces la experiencia
os hará ver que tanto es despreciable
en campos la opulencia,
como en Cortes precisa y agradable;
pues es verdad constante
el que ama cada qual su semejante.

ODA XXI.

A la buena memoria del Maestro Fr. Luis de Leon, Agustiniano.

¡Quien tu voz usurpara
para darte loor, Fray Luis divino,
y tu nombre cantara,
¡ó hijo de Agustino!
á la orilla del Tormes cristalino!
Allí donde reposan
en dulce paz las tus cenizas frias,
y tu muerte aun sollozan
en sus cuebas sombrías
las Ninfas, que cantando suspendias.
Allí donde asentado
á la agradable sombra de un aliso
suspendiste el ganado,
y con curso remiso
pararse á oirte el viejo rio quiso.
Allí, de donde al mundo
supiste con la luz iluminarle

de tu ingenio profundo,
y misterios mostrarle,
que solo tú pudieras enseñarle.
Los misterios yo digo
del canto del Esposo, y de la Esposa,
por lo que un enemigo
de tu fama gloriosa
te traxo á la prision mas rigurosa.
Mas allí remontaste
de tu espíritu grande el alto vuelo,
que celestial cantaste
con lenguage del cielo
de Job y de David paciencia y zelo.
Tambien con el mas puro
concepto, y con estilo el mas sabroso,
aquello que era obscuro
tornaste luminoso
y bien claro á quien fuese piadoso.
Los nombres del Ungido,
del Leon de Judá, del Rey sublime,
del Jesus elegido,
del vencedor que oprime

el furor del infierno, y nos redime.
Pero así, qual nublado
dénso obscurece alguna vez á Apolo,
que luego disipado
vuelve á prestar él solo
mas clara luz del uno al otro polo;
Así tú obscurecido
estuviste algun tiempo; pero luego
tu contrario vencido,
volvió á lucir tu fuego,
quedando con tu luz el malsin ciego.
Entónces con un santo
zelo dixiste varias oraciones;
y esto con vigor tanto,
que ni relaxaciones
sufriste de tu casa en tus sermones.
Mas aqueste tesoro
le oculta aun la obscuridad y olvido;
que el mas subido oro
suele quedar perdido
quando no es del platero conocido.
Pero aun fué peor suerte

la de aquellos escritos, que vinieron
á parar por tu muerte
en quien los destruyeron
sin duda porque no los entendieron
¿Pues quien, á no ser necio
mas que Margite, hubiera descuidado
cosa de tanto precio?
En fin tambien el hado
se mostró con tus obras irritado.
Goza, goza en buen hora,
la fama que tu ciencia ha merecido
en quanto Febo dora,
seguro que el olvido
jamas tu nombre hará desconocido.
Pues antes no habrá un hombre
conocedor de letras en el mundo,
que falte quien te nombre,
y alabe tu profundo
saber, y claro ingenio sin segundo.
Y por quantos España
produzca literatos sé aplaudido
con melodía extraña,

como yo al cielo pido,
á tu pura doctrina agradecido.

ODA XXII.

A la velocidad del tiempo.

No hay cosa mas fugaz que son los años,
y así pasan, qual suele por el viento
el ave, ó por las aguas el navío.
No bien la juventud, que da contento,
llega, quando ya pasa á desengaños
de la vegez; y así, qual suele un rio
de caudal profundo,
que parece al que mira estar parado,
así pasan las cosas de este mundo
con curso mucho mas acelerado.

Quando vuelvo la cara atras, y miro
que quatro lustros he cumplido ahora,
y eso que nací ayer creyendo estaba;
y veo sobre veinte Febo dora
la quarta vez su luminoso giro
desde aquel felíz tiempo en que mamaba,

y luego recorriendo
menudamente el curso de mi vida,
tantos acasos voy en ella viendo,
el alma queda absorta y suspendida.
Porque ayer me parece que yo estaba
chupando ansioso de mi madre el pecho,
y ella con tiernos brazos me oprimia.
Ayer una criada á su despecho
en brazos á paseo me llevaba,
y ayer aun explicarme no sabia.
Ayer con los muchachos
de mi edad ya trepaba por las rejas,
y hurtando pan, hacíamos gazpachos,
y poyalejos de quebradas tejas.
Ayer contra mi gusto iba á la escuela,
y al trompo ya jugaba, y la pelota,
y ayer ya yo baylaba jovenzuelo.
Ayer ya el rey, caballo, el as, la sota
conocia, y jugaba á la rayuela,
y por dinero ya tenia anhelo.
Ayer hacía altares,
y con mil candelillas alumbraba

los Santos, ó estampitas, que á millares
con pan mascado á la pared pegaba.
Ayer con negra liga en la ribera
del Duero yo cazaba los pardales,
y trepaba á los olmos por los nidos.
Ayer ya desfardaba los perales,
sin que el dueño del huerto lo supiera,
con otros jovenzuelos atrevidos.
Ayer ya los ensayos
de la guerra cazando apetecia,
y ya yo codiciaba los caballos,
para hacerlos correr quanto podia.
Ya ayer gustaba de costosas galas,
y de sobresalir en el vestido
mas que los otros de mi edad y estado.
Ayer queria alzarme presumido
hasta los cielos con dedaleas alas,
buscando á todos ser aventajado.
Ayer los coliseos,
saraos y funciones freqüentaba;
y ayer la corrupcion de mis deseos
á saciar las pasiones me arrastraba.

Ayer dexados otros delirantes,
buscaba acompañarme con los sabios,
y ser tenido de ellos en aprecio.
Ayer qualquier palabra que mis labios
proferian pensábala de ántes,
temiendo en algo parecerles necio.
Ayer por hombre loco
é ignorante tenia al que de ciencia
no gustaba; y tambien de seso poco
al que ponia cuidado en la opulencia.
¡Ó tiempo! ¿y así pasas fugitivo,
que quando el hombre advierte que has pasado,
ya se encuentra en el fin de la carrera?
¡Ó tiempo, ó tiempo! y quan preocupado
necio en tí puesta mi esperanza vivo,
juzgando ser mi vida duradera,
quando nada en tí dura,
ni aun tú duras sin tener mudanza.
¡Ó preocupacion! ¡ó gran locura,
el tener puesta en tí la confianza!

ODA XXIII.

A la Sierra Morena, poblada de orden del Rey nuestro Señor.

Asperas peñas, encumbrados cerros,
cercados de espesuras y de horrores,
desierto el mas temible,
capa de tantos yerros,
asilo fuerte de los malhechores;
no ha muchos años que te ví insufrible,
infestada de fieras y ladrones,
contando en tí las muertes á millones,
y hoy te miro poblada
con aquella maleza disipada:
hoy en tí la justicia,
quando ántes dominada de malicia:
hoy jardin delicioso,
quando ayer un desierto temeroso:
ayer Sierra Morena infructuosa,
y hoy Sierra clara, amena y deleytosa.
Confuso me he quedado

al verte qual te veo,
y solo, solo creo,
que ó Dios con su poder esto en tí ha obrado,
ó el gran Cárlos Tercero te ha poblado.

ODA XXIV.

Al Mariscal de Campo Marques de Navahermosa.

Precioso es el diamante,
y esmeralda de Oriente,
y el oro mas que todo apetecido,
y cada qual bastante
á saciar de la gente
vulgar el vil espíritu abatido,
que nunca ha conocido
el precio que se encierra
en los claros honores de la guerra.
Una verde corona
de laurel, ú de oliva,
á un espíritu humilde es despreciable;
pero no al que á Belona

sigue, para que viva
su nombre entre los hombres admirable.
Nada hay tan codiciable
como la heroyca fama
al que de sí lo mas precioso ama.
Porque si es la riqueza,
caduca es, y se acaba
quando ménos nosotros lo esperamos;
y si es la gentileza,
al que mas la preciaba,
privado de ella con horror miramos.
Todo quanto gozamos
acaba con la muerte,
ménos la fama del Soldado fuerte.
Nadie ya se acordára
de Telamon, ni Ulises,
ni tampoco de Aquiles; ni el Troyano
Eneas se nombrára,
ni Palante, ó Cambises,
ni el valiente Scipion el Africano,
si su esforzada mano,
en lugar de la azada,

no manejase la honorosa espada.
La guerra á aquel que nace
humilde y escondido,
le eleva sobre el trono poderoso,
y por el mundo le hace
venerado y temido
al que espíritu tiene belicoso.
No hay hombre mas dichoso
en el haz de la tierra,
que aquel que vence en la sangrienta guerra.
Tú, Marques, conociendo
aquesta verdad clara,
seguir quisiste al furibundo Marte,
por guerra posponiendo
gozar la patria cara,
y el ocio en que pudieras recrearte,
no alcanzando á saciarte
el honor heredado,
por tus padres y abuelos alcanzado.
Por aquellos yo digo
Feloagas y Alfofrines,
guerreros desde el tiempo del Romano:

los que al fiero enemigo
lanzaron de los fines
de Cantabria, y del Reyno Toledano,
y al bárbaro Africano
echaron de Sevilla,
ganando un Reyno á la inmortal Castilla,
Pero como supieses,
que en tanto es apreciable
la nobleza del hijo, en quanto imita
al padre, y conocieses
que es hombre despreciable
el que á la que ha heredado se limita,
y el honor no le incita
de su difunto abuelo
á seguir sus pisadas con desvelo:
Desde el tiempo en que apénas
la barba te apuntaba,
y tres lustros cumplidos no tenias,
ya trabajos y penas,
marciales codiciabas,
y el ruido de la guerra apetecias,
y las noches y dias

pasabas valeroso
en el adusto campo polvoroso.
Ni del cañon horrendo,
que vomitaba muerte,
ni de larga escopeta pavonada
el belicoso acento,
ni el parche, ó clarin fuerte,
quando tocaba alarma acelerada,
puso una vez turbada
tu alma generosa,
siempre de honor y gloria codiciosa.
¿Quien, quien será bastante
á contar las proezas
que en tu primera edad, Marques, hiciste?
¿y luego mas alante
las llagas y cruezas
que en la horrible batalla padeciste?
¿y como resististe
tres dias casi yerto,
dexado entre los muertos como muerto?
¿Como á tu Rey libraste
de la traydora trama

que en Beletri le urdia el Italiano,
y en hombros le sacaste
del medio de la llama,
qual á Anquises sacó Eneas Troyano?
¿y luego el Parmesano
Estado recorriendo,
mil y mil triunfos fuistes adquiriendo?
¿Como en la retirada
gloriosa de Plasencia,
y en Campo Santo fuiste señalado
ya en manejar la espada,
ya en mandar con prudencia,
uniendo lo político y soldado?
¿y como ya elevado
á Coronel, tu gente
gobernaste pacífico y valiente?
¿Como á Cárlos guardaste
en su Regio Palacio
de Madrid con amor y con desvelo,
y en esto te esmeraste,
que ni el mas corto espacio
de tiempo pudo descuidar tu zelo,

sirviendo con anhelo
al Rey mas poderoso
que vé el sol en su carro luminoso?
Y de esto satisfecho
el Rey, en recompensa
de Mariscal de Campo al alto grado
subir ahora te ha hecho,
porque de la defensa
cuides de su persona y de su Estado,
Mas habiendo sonado
el eco de la guerra,
y estando amenazada nuestra tierra,
¡Ó, Marques generoso!
tu espada otra vez dexe
la vayna, y sea terror, y sea escarmiento
del contrario orgulloso,
y la guerra se aleje
así de entre nosotros, y el contento
vuelva á ocupar su asiento,
sabiendo que tu espada
mantiene la frontera resguardada.
Y adquiere nueva gloria

á tu Rey, y á tu España,
que no faltará premio yo confio,
durando tu memoria
entre propia y extraña
gente, miéntras que corra el aureo rio
Tajo, y el Tánais frio
al escuchar se asombre
el clarin de la fama con tu nombre.

ODA XXV.

A Fabiano avariento, reprehendiendo el ansia con que codicia unos bienes, que solo lo son en la apariencia, pues no pueden librar á su dueño de los trabajos de esta vida.

Aunque mas rico, mi Fabiano, seas
que el ponderado Arabe tesoro,
Y de América y Asia tu poseas
los frutos, los diamantes, piedras y oro:
Aunque veas cruzar por el mar cano
mas navíos que tiene Ingalaterra
Tuyos, que se parezca el Oceáno

á una selva de pinos en la tierra:
Aunque de todo el mundo seas dueño,
y todas las naciones sean sujetas
A obedecerte, no huirás el ceño
del hado, por mas dones que prometas.
Si la necesidad su clavo duro
sobre el diamante en las cervices fixa
Mas elevadas, ¿quien está seguro
de que su crudo látigo le aflija?
Ni Creso consiguió con sus riquezas
librarse de los lazos de la muerte,
Ni á Aquiles su alabada fortaleza,
ni el ser Rey valió al hijo de Laerte.
Bien estés en la casa do naciste,
bien vayas á vivir al mas remoto
Lugar del mundo, que nombrar oiste,
descubierto por práctico piloto,
En todas partes estarás sujeto
á los duros trabajos de la vida,
Sin que te exímas por algun respeto
de la pena á todo hombre establecida.
¿De que pues, sirve suntuosas casas

edificar de jaspe Granadino,
Cercadas de columnas sobre basas
de bronce retocado de oro fino?
¿De que sirve colgar los aposentos
del precioso tisú de Talavera,
Ni rellenar los cómodos asientos
de Americana pluma lisonjera?
¿De que cubrir el suelo con alfombras
turcas, ó con esteras coloradas?
¿Ni de la noche desterrar las sombras
con las velas de esperma ponderadas?
Dichosos los Scitas, siempre errantes,
que viviendo en los carros, do caminan,
Viven qual verdaderos caminantes,
que á nada el corazon con ansia inclinan.
Solo para vivir, lo nesesario,
sin tocar la miseria, ni opulencia,
Desean, conociendo el tiempo es vario,
y en el haber no es dable subsistencia.
¡Ó, Fabiano! pon rienda á tu deseo;
y si puedes vivir cómodamente,
No sigas en tan loco devaneo:

apaga un poco aquesa sed ardiente,
Que tienes por riquezas, si no quieres
veamos por tu muerte á tu heredero
Prodigar en el juego y las mugeres
quanto con ansia tú guardas dinero.

ODA XXVI.

A Doña María Rita Piquer, en alabanza de sus sobresalientes prendas y erudicion.

Bien con tus tiernos hijos,
bien con tu amado esposo estés agora
gozando de inocentes regocijos;
ó bien estés, Señora,
ocupando tu mano y tu rodilla
la femenil aguja, y la almohadilla,
Bien con tu dulce hermana,
y tus hermosas jóvenes sobrinas,
sigas conversacion sencilla y llana,
en que á la risa inclinas
con tus jocosidades y agudezas
al ánimo mas lleno de tristezas.

Bien con sabios varones
sin afectar platiques sabiamente,
refutando con sólidas razones,
y lógica eminente
qualquier error, por mas que recibido
por cierto esté, y de todos defendido.

Bien la Sagrada Historia,
Patricia y Eclesiástica tú leas,
los siglos retrayendo á la memoria,
que es con lo que recreas
el tiempo, que otras pierden en paseos,
bayles, visitas, juegos, devaneos.

Bien allá en tu retrete
alta filosofia contemplando
estés, y las verdades que promete
juiciosa escudriñando;
bien coronada del Laurel de Apolo
alces tu voz del uno al otro polo.

De mí serás loada
muy mas que lo fué Sapho de la Grecia
por docta, y mas que en Roma fué alabada
pro su honradez Lucrecia,

procurando extender, Rita, tu fama
en quanto alumbre Febo con su llama.

ODA XXVII.

Á Taonio noticiero, se le pide no vuelva á dar noticias de guerra, ni muela con sus pesadeces á sus conocidos.

Tú cuentas los sucesos
de la guerra de Prusia y Alemania,
y tambien los excesos
de los hijos del Rey de Mauritania,
Taonio, y cada dia
nos mueles con noticias de Turquía.
Tambien con los Ingleses,
y los Americanos valerosos,
qual si entre ellos te vieses,
nos refieres mil casos asombrosos,
y en sola una semana
nos das cien mil noticias de Luisiana.
Con la Holanda y Suecia
hablas mil despropósitos, y luego

pretendes que la Grecia
ha de venir acá á avivar el fuego,
de lo último de Europa,
y de Alí Bey la concertada tropa.
¡Ó, pues, si hablas de España,
y de Francia! no hay hombre que te aguante;
porque qualquier patraña,
que oiste á un embustero caminante,
por verdad ya la vendes,
y como verdadera la defiendes.
Lo mismo es ver á alguno
tú conocido, al punto nos espetas,
cansado, é importuno,
quantas cosas leiste en las gacetas;
y luego muy finchado
quieres meterte á disputar de Estado.
Hombre, por Dios te pido,
que no vuelvas á hablarme de la guerra,
ni molestes mi oido,
aunque se pierda, ó gane Ingalaterra,
ni aunque en los anchos mares
se crucen los navios á millares,

¿Que se me da á mí de eso,
si ni tengo comercio, ni intereses,
ni temor de ser preso
de la guerra en los ásperos reveses,
y sin algun cuidado
en la Puerta del Sol estoy sentado?
Dexa una vez siquiera
esas conversaciones enfadosas;
y pues es primavera,
háblanos de claveles y de rosas,
de toros, de paseos,
de visitas, de bayles y recreos.
Dí donde será hallado
el mas suave y oloroso vino,
á precio acomodado:
donde el Frances rosolí superfino,
y á que Fonda podremos
ir, que con mayor gusto merendemos.
Que estas conversaciones
son las que aquí gustosos oirémos,
y no las de cañones,
de Soldados, de velas, y de remos;

ni entendemos mas guerra
que las de las mozuelas de la tierra.
Y aquello de bloqueos,
sitios, acampamentos, divisiones,
batallas, bombardeos,
brechas, avances, capitulaciones,
y otros nombres y afanes,
para prácticos queden Capitanes.
Porque aquí todos somos
cobardes, y en oyendo un cañonazo,
encogemos los lomos,
y cubrimos la cara con el brazo,
juzgando ya es llegada
la hora á nuestra muerte señalada.

ODA XXVIII.

Convidando á un amigo á beber unas botellas de vino manchego generoso.

Hoy mismo me han llegado
de la Mancha mi tierra
unas botellas de oloroso vino;

y si acaso no yerra
mi gusto, ya ha contado
de añejo siete años: del camino
viene un poco caliente;
pero ven esta tarde, beberémos,
que aquesto se remedia facilmente.
Tambien tengo que darte
un suavismo queso
Salamanquino, y unas dulces peras
Toresanas, de peso
tal, que podrás saciarte
con una, aunque mas comas quanto quieras.
Si vinieses temprano,
pasarémos con gusto aquellas horas
en que aqueja á los hombres el verano.
Y luego quando vaya
declinando á occidente
Apolo, nos saldremos á paseo,
por donde no haya gente,
ó bien donde la haya,
si es que no se conoce en el menco
de nuestros tardos pasos,

y en nuestras palabrillas descompuestas
el que habemos bebido sendos vasos.

ODA XXIX.

Á una muger, que aunque muy vieja, trataba de amores y modas como las mozas, zahiriéndola con ironía.

Qualquier jóven que vea
dende léjos tu coche y compostura,
no extrañaré yo crea
eres algun prodigio de hermosura;
mas, si al ver tanto rizo hácia tu cuello,
juzga que es tuyo todo aquel cabello.

Yo por mí te aseguro,
que si ántes no me han dicho que eras calva,
y que tu cutis duro
ungías con mil sebos, siendo alba
á fuerza de albayalde, me he creido
que aún te hallabas digna de marido.

Quando la vez primera
te oí hablar del amor, enamorada

de Clearco, que era
bello qual Ganimedes, disculpada
quedára tu pasion, si no imprudente
mostráras los setenta por el diente.
Créeme, ni te rias,
ni vayas del estrado hácia la alcoba,
pues muestran tus encías
tu vegez, y la muestra tu corcoba,
y quien te ve, te tiene por abuela,
por mas que parecer quieras mozuela.
Esto yo te lo digo
no con mala intencion, ni por burlarme,
ni por ser tu enemigo;
sino al ver que pretendes agradarme,
quiero corresponder á tu cariño,
diciéndote verdades como niño.

ODA XXX.

Alabando la destreza de Fabia en cantar y tañer.

No es tan grato y suave
el sonido del oro al avariento,
ni es el canto del ave
tan dulce, como es, Fabia, tu instrumento,
acompañado de tu voz sonora,
que dexa absorto al mismo que enamora.

Si agora el tiempo fuera
que los Dioses eternos descendian
de la celeste esfera
por gozar de las ninfas, que querian,
yo tuviera ya zelos
al ver solos por tí quedar los cielos.

¿Que Júpiter, que Apolo
á resistir tu voz seria bastante?
¿y que traycion, que dolo,
no haria enamorado un Dios amante?
¿Que torre, que clausura

guardar conseguiría tu hermosura?
Yo, Fabia, te aseguro
que al punto que te oí quede rendido;
y mi pecho antes duro,
le ví á tus dulces voces derretido;
y si poder tuviera,
por tu amor mil prodigios emprendiera.

ODA XXXI.

En alabanza de Juan Fernandez de la Fuente, Labrador honrado de la Villa de Vara de Rey.

Canto á un felice anciano,
coronado de espigas y de frutos
del plácido verano,
no gobernando los neptuneos brutos
con esmaltado freno,
sino los tardos bueyes,
y su rebaño, por el campo ameno.
Canto un hombre estimado
de todos sus vecinos y parientes;
y lo que es mas, honrado

aun de viciosas y malignas gentes,
aquellos que sus dias
gastan mordiendo honras
con sus murmuraciones y falsías.
Canto un varon constante
en los trabajos de su larga vida,
de parcitud amante,
y no de la riqueza desmedida:
canto un hombre prudente,
trabajador, sufrido,
á Juan Fernandez canto de la Fuente.
El no en ilustre cuna
se crió, ni emprender pudo lustrosa
carrera, ni fortuna
le subió á una eminencia prodigiosa;
ni vió la adusta guerra,
donde es el mas famoso
el hombre que destruye mas la tierra.
Nació en una Aldeilla
cerca á Vara de Rey, y allí crióse
en la vida sencilla
del campo, ¡ó, Dios! y de ella alimentóse

ochenta y quatro años,
que cuenta, con luz clara
de lo que es este mundo y sus engaños.
Ni pudo el mal exemplo
de algunos holgazanes infestarle:
desde su casa al templo,
y del templo á su casa era encontrarle;
pero nunca en el juego,
ni tampoco en la plaza,
ni entre el lascivo y exêcrable fuego.
Jamas dixo mentira,
ni se verificó que á uno engañase,
ni pudo hacer la ira
que sin razon cólerico injuriase;
ni de empeños á fuerza,
ni á fuerza de dinero,
se vió jamas que la justicia tuerza.
Siendo nombrado Alcalde
(aunque dél con entera repugnancia)
administró de valde
la justicia, no haciendo su ganancia
la pérdida de algunos,

que atropelladamente
se meten en mil pleytos importunos.
Ninguno tuvo queja
de su modo de obrar, ni la censura
del vulgo, que no dexa
delito sin castigo, le fué dura:
quien le ha necesitado
siempre le halló propicio
para servir á todos preparado.
Sin libros y sin ciencia,
aunque sí con un alma esclarecida,
sabe por su experiencia
mas que muchos de aquellos que la vida
en estudiar gastamos,
y en mucho se aprovecha
mas que acá nuestra ciencia aprovechamos.
A costa de fatiga
y sudor trabajó en la primavera
de su edad, qual la hormiga,
que los rigores del invierno espera;
y en su vegez ahora,
sin cansar al pariente,

come el trabajo que antes atesora.
Él buen vecino ha sido,
y buen Juez, y buen hijo, y buen hermano,
y ha sido buen marido,
y por decirlo todo buen christiano.
Su conducta inculpable,
á lo que ver se dexa,
á su Dios y á los hombres es amable.
¿Quien, quien habrá que pueda
no envidiar una vida tan sencilla,
y pura, aunque la rueda
de fortuna le tenga allá en la silla
primera del estado
hecho objeto de envidia
sobre todos los otros sublimado?
¡Ó hombre el mas dichoso
de todos los mortales! vive, vive
en tu dulce reposo;
y este pequeño don de mí recibe
con natural bonanza;
aunque yo no te alabo,
á tu virtud vá toda la alabanza.

ODA XXXII.

Al Ilustrísimo Obispo de Barcolona Don Joseph Climent.

Ilustre Obispo, generoso Padre,
santo Pastor, Maestro esclarecido,
hombre escogido para dar exemplo
á tus hermanos.

Doctor que en ciencia igualas, y aun excedes
á quantos sabios, de la excelsa fama
la voz aclama con eternos ecos
en todo el mundo.

Copia de aquellos que en los mas floridos
tiempos mostraron el sagrado zelo,
y con anhelo, de su Dios buscaron
el culto y honra.

Imitador perfecto de un Ambrosio,
de un Agustin, de un Osio, de un Cipriano,
de un Sevillano Isidro, de un Valerio,
de un Boca de oro.

Joseph Climent, insigne sobre quantos

de Barcelona en la sagrada Silla,
con maravilla claros florecieron
en todos siglos.
Tú conseguiste tu felíz rebaño
librar de error, y siempre vigilante
la oveja errante con amor volviste
sobre tus hombros.
Tú con silbido sonoroso y tierno,
en el otero de la Iglesia Santa
juntaste tanta copia de ganado,
que no cabia.
Tú, como el padre, que castiga al hijo,
sintiendo mas que el mismo á quien castiga,
quando te obliga alguno endurecido
le castigabas.
Tú, contra vicios duro, é inflexíble,
á los viciosos con dulzor trataste,
y los buscaste antes con ternuras,
que con rigores.
Tú de tu Clero fuiste espejo puro,
do el que miraba via á que obligado
por el estado clerical estaba

perfecto en todo.

Tú de tu pueblo sobre tí tomabas
las culpas todas, y ante el Uno, Trino,
ponias fino por las vidas de ellos
tu propia vida.

Tú, fiel esposo, por tu Santa Esposa
hiciste todo quanto pudo hacerse
hasta ofrecerse tu alma generosa
sobre sus aras.

Tú renunciaste, y repartiste franco
entre los pobres toda tu riqueza,
que es la nobleza que hace mas famosos
á los Obispos.

Tú aunque apartado de tu grey amada,
nunca olvidaste tu ganado tierno,
tu amor eterno en Dios llegó á mirarse,
que no perece.

Tú vive en todo á todos admirable,
para perpetuo honor de nuestra España,
que en quanto Febo baña con sus luces
celebraránte.

Miéntras que duren hombres, que conozcan

el verdadero mérito de un hombre,
siendo tu nombre ilustre eternamente
reverenciado.
Y esta alabanza corta y diminuta,
Padre, recibe de quien no conoces,
y que con voces tiernas solo implora,
que le bendigas.

ODA XXXIII.

*En alabanza del Mariscal de Campo, Xefe de Esquadra, Don Antonio Barceló.**

Mi intento es, de Mallorca
alabar al que ha sido,
es, y será su lustre tiempo eterno,
y de Iviza y Menorca,
y aun del mundo extendido,
y suspender en el confuso averno
las aguas del olvido,
ingratas á la gloria,
pues borran de los hombres la memoria.
Tú, Clio, que celebras

* Escribíase esta Oda el año de 81.

los grandes Capitanes,
y los heroycos y encumbrados hechos,
yá las negras culebras,
y envenenados canes
de pestífera envidia contrahechos
destruyen tus afanes:
infunde, infunde aliento,
al pecho mio, que inflamarse siento.
De Doris y Neptuno
el plateado carro
por los hinchados y soberbios mares,
soplando el oportuno
favonio con bizarro
valor, entre las Islas Baleares
cruzaban, sin que el barro
de la espumosa orilla
suspendiesen el curso de la quilla.
Triton su caracola
de nacar cambiante,
con coral y con perlas guarnecida,
subido en una ola
tocaba resonante,

y su eco respondia en la escondida
concavidad distante
en aquella montaña
desde donde el Isleño ve la España.
Separada la Aurora
del consumido esposo,
capaz de la vegez, no de la muerte,
su antorcha brilladora
en el carro ostentoso,
que es causa de placer á Memnon fuerte,
mostraba, y el reposo
del mundo interrompia
con la venida de la luz, y el dia.
Febo el cabello de oro
á tender empezaba,
mojado aun en las olas transparentes,
y el látigo sonoro
las pias aquejaba,
y espumaban los frenos refulgentes:
el agua que se alzaba
en olas desiguales
parecia columnas de cristales.

Entre las verdes hojas
de la obscura arboleda
el céfiro bullia con blandura;
y las cerezas rojas
y la uva en la alameda
mezcladas se veian con verdura;
y la que nunca queda
está, palma eminente,
se movia en la altura blandamente.

Las fuentes y los rios
corrian apacibles,
y al mar le iban pagando su tributo.
En los bosques sombríos
con bramidos horribles
baxaba á la agua el arrogante bruto:
carreras invisibles
los arroyos llevaban
ocultos por las yerbas que regaban.

Con voces placenteras
los cisnes, ruyseñores,
y otras mil y mil aves sonorosas
en todas las riberas

cantaban sus amores
al abrir los claveles y las rosas:
la variedad de flores,
que produce la tierra,
alfombraban el valle con la sierra.
En sus fraguas Vulcano
al compas del martillo
medidas á la música ponia,
y con valiente mano
mil armas de aureo brillo
adornadas de historias componia,
y en ellas ingeria
en el labrado espacio
la esmeralda, el diamante y el topacio.
El furibundo Marte
se recreaba viendo
gran multitud de balas y cañones,
y en una y otra parte
estaba previniendo
espadas, escopetas, municiones,
con el mortero horrendo,
á cuya sola vista

no hay torre, no hay muralla que resista.
Océano y Nereo
alzaban las cabezas
coronadas de verdes espadañas;
y entre el pino calpeo,
y el cedro, que en malezas
se cria de la Habana entre montañas,
sembraban sus riquezas,
con mil aprestos varios
á construir navíos necesarios.
Entónces de Lucina
el hacha vió agradable
el grande Barceló; y la fiel Carmenta,
que quanto determina
el hado invariable
con versos lo celebra, ó lo lamenta,
cantó con voz amable
las heroycas victorias
del tierno infante, y sus futuras glorias.
Fortaleció Osiolago
el cuerpo, que fornido
se destinaba para guerra justa,

muy mas que allá en el lago
Estigio endurecido
fué el grande Achîles por el agua adusta:
el miedo obscurecido
quitóselo Pabencia,
y Fabulino le enseñó su ciencia.
Aquel felice dia
primero que en las naves
entró, aun infante, con felice agüero
las Ninfas á porfia
con cánticos suaves
anunciaban el tiempo venidero,
y sus encargos graves,
y su conocimiento
en quanto toca al húmido elemento.
En las aguas crióse,
y en ellas fué educado
por su buen padre, á quien acompañaba,
y en su escuela instruyóse
hasta tocar el grado
en que la nave solo gobernaba,
mas desembarazado

en el timon seguro,
que lo era en su navío Palinuro.
Desde su patrio suelo
pasaba á Barcelona,
y tornaba á Mallorca de contino;
pero como su zelo
le arrastrase, y Belona
le acalorase con furor divino,
expuso su persona,
aun jóven, sin pericia
contra la Mora bárbara milicia.
Aquí empezó á mostrarse
el valor generoso
de aquella heroyca alma destinada
á haber de señalarse
en el combate honroso,
siendo gloria inmortal de nuestra Armada.
No, no tan valeroso
se vió sobre el mar cano
pelear á Pompeyo, ú Octaviano.
Sin perdonar fatiga
al cruel Africano

venció mil y mil veces, y quitóle
el que fiero persiga
al mísero Christiano,
y á muchos de su tropa aprisionóle:
siempre triunfando vino,
haciéndose famoso
en quanto alumbra Febo luminoso.
¿Que Argelino pirata,
que Marroquí corsario
se libró de ser muerto, ó ser vencido?
No le llevó la plata
á pelear, ni el vario
nombre; mas solo ver á Dios servido.
¿Que excelso Belisario,
que Mario, que Murena,
tuvo en combate el alma tan serena?
Algunos pretendieron
obscurecer su fama
limitando su ardor y fortaleza
contra el Moro; mas viéron
que igualmente se inflama
con nacion de mas arte, y mas braveza,

y á desafio llama
á los fieros Ingleses,
que no le han aceptado muchas veces.
La España, Europa toda,
y el mundo es buen testigo
de lo que en Gibraltar ha hecho, y hace,
y como se acomoda
ya al corsario enemigo,
ya al práctico Oficial, y ambos deshace,
y como ya castigo
de Ingleses arrogantes
es, qual del Africano lo fué antes.
Porque si ha acometido,
siempre logró victoria
del Danés, del Britano, del Sueco,
y Holandés atrevido,
celebrando su gloria
la excelsa fama con su dulce eco,
hasta donde en memoria
de su feliz hazaña
renovó Hernan Cortés la antigua España.
Si se vió de una Armada

temible y numerosa
(tanto que diez á cada nave cupo
de las suyas) cercada
su Escuadra valerosa,
con tanto acierto defenderla supo
contra tan poderosa
multitud, que escarmiento
fué para el que buscaba el vencimiento.
Danad halló el navío,
Amocles la galera,
Hipio las grandes naves para carga:
la barca para rio,
de cueros y madera,
Eritrio; y los Tesalios la mas larga.
Pero la Cañonera
util y asegurada
fué por el grande Barceló inventada.
Su valor, su prudencia,
su arrojo, su constancia,
su aguante en las fatigas, su ardimiento,
su práctica, su ciencia,
su esfuerzo, y tolerancia,

su perspicacia y gran conocimiento,
su humildad y arrogancia,
al mundo le han mostrado
un General perfecto y consumado.
El invicto Monarca,
cuyo sagrado nombre
durará en las edades tiempo eterno,
no pudiendo la parca
hacer se olvide un hombre
de, mas que humano, angelical gobierno,
queriendo al mundo asombre
lo mucho que merece,
le ha premiado, le premia, y favorece.
Las acciones mas graves
de su valor confia,
y encarga los asuntos mas honrosos:
con palabras suaves
loa su bizarría,
y sus navales triunfos asombrosos,
llenando de alegría
al valiente soldado,
que su mérito mira acrisolado.

Dé á su Duilio Roma,
y á su Pericle Atenas,
y á su Imilcon Cartago mil loores,
y al que en Italia doma
las soberbias almenas
de Catania, y los Alpes nevadores;
que en las Islas amenas
de Mallorca la Fama
á Barceló con su clarin aclama.

ODA XXXIV.

Á Publio, haciéndole relacion de algunos vicios cortesanos.

El varon moderado,
y en hablar comedido,
en vez de ser tenido
por prudente, es de muchos despreciado;
y la arrogancia necia
de un hablador sin juicio
es, Publio, solo lo que aquí se aprecia.
La virtud es loada,

mas de pocos seguida,
siendo la santa vida
siempre por los viciosos murmurada,
y echada á mala parte
la accion irreprehensible
de aquel que obra sin malicia y arte.
La verdad es amarga
á aquellos que fortuna
tiene sobre la Luna;
y con tanto cuidado nada encarga
el político diestro
al que busca le aprecien,
como el que sea en el mentir maestro.
El mas vil en acciones,
como tenga dinero,
es el mas caballero,
pues no hay ya mas nobleza que doblones;
pero aquel que no tiene
para pródigos gastos,
á ser notado de vileza viene.
El que favor alcanza
logra quanto desea;

y aunque mas necio sea,
es solo el que disfruta la alabanza;
y de qualquer ruin labio
es la burla y juguete,
como esté abandonado, un grande sabio.

Todos dicen que saben,
mas ninguno lo muestra,
y de ciencia maestra
afectan, porque muchos los alaben;
y con simples mugeres,
y con indoctos hombres
lucen su habladuría bachilleres.

El que tiene un pariente
colocado en altura,
su fortuna asegura,
y el ser acomodado prontamente;
mas el que se ve solo
no logrará en su vida,
aunque exceda en saber al Dios Apolo.

La mayor bizarría
es llevar la cabeza
peynada con destreza,

cargada con la harina y porquería;
y la cara rapada
y untada de albayalde,
qual la de una ramera despreciada.
Todos compran escritos,
y muy pocos los leen,
aun de los que poseen
la fama de ser hombres eruditos.
Gradúase la ciencia
por la gran librería,
el retrete, y las cosas de apariencia.
Los hombres aplicados
son tenidos por locos,
librándose muy pocos
de ser por esta causa abandonados:
el estudio en sus fuentes
es cosa muy adusta
para el que le hizo en charcos diferentes.
Bufones, chocarreros,
y gentes de esta guisa,
para mover á risa,
son á los que les quitan los sombreros:

los ricos y señores,
y á aquellos mas prefieren,
que son con mas extremo aduladores.
El que prestado pide,
jamas piensa pagarlo;
y si van á cobrarlo,
con improperio al que le dió despide:
al que menos le basta
la renta á mantenerse,
es el que mas ostenta, triunfa y gasta.
En prometer ninguno
dexa de ser muy largo,
no hallando sin embargo
quien dé lo prometido, solo uno.
Todos, todos ofrecen;
mas si se necesitan
sus ofertas, al punto desparecen.
Los que fueron criados
entre viles pañales,
pretenden de Reales
alcurnias descender, preocupados
al ver que se repara

qualquiera en el decirles,
los defectos que tienen, en su cara.
Todo en la Corte engaña,
todo es preocupacion, todo locura,
todo falsía impura,
todo exterioridad, todo patraña,
todo es dóblez fingida,
todo traicion odiable,
todo es contrario al alma y á la vida.
¡Ó mil veces dichoso
el tiempo que en la Aldea,
donde todo recrea,
con sosiego vivia en mi reposo,
y en montes amarillos
de la naturaleza
disfrutaba los gustos mas sencillos!

ODA XXXV.

Al Excelentísimo Capitan General Marques de Croix, en ocasion de que habiendo servido el riquísimo Virreynato de México, al restituirse á España hubo el Rey nuestro Señor de hacerle el gasto del viage, siendo su pobreza la mayor prueba de su desinteres y justificacion.

Virtud rara en la tierra,
desinteres en pocos encontrado,
que apaciguas la guerra
del corazon humano que te ha hallado:
por tí fué sublimado
Pericles y Lisandro y Erichtheo:
por tí Cimon y Emilio tienen fama:
por tí á Elio Cato aclama
el pais Etholeo:
por tí de Marco Curio y Crates dura
el venerable nombre,
que es la mayor ventura
que acá desea el corazon del hombre.

Por tí de la alta Roma
extendióse el Imperio desmedido:
Esparta por tí doma
el orgullo de Atenas defendido.
Por tí fué engrandecido
el Reyno de la Persia y Macedonia.
La Etiopia á tu amparo
se burló del avaro
poder de Babilonia:
por tí aliviada de su amargo lloro
fué nuestra amada España
venciendo al duro Moro,
que la oprimia con fiereza y saña.

Por tí la patria historia
á Alfonso de Aragon da mil loores.
De Wamba la memoria
por tí es colmada de ínclitos honores.
Por tí de inmortal gloria
goza el nieto de Alfonso el Tolosano;
y Fernando Primero
por tí hizo prisionero
el Reyno Toledano.

Y por tí alaba ahora todo el mundo
de México á la Aurora,
á Croix sin segundo
en quanto Febo con sus rayos dora.

ODA XXXVI.

Á la buena memoria del juicioso Don Andres Piquer, Médico de Cámara de SS. MM.

No tanto debe la salud del hombre
al rubio Apolo, que enseñó la ciencia
de conservarla, y de curar sus males,
á Esculapio su hijo.
No tanto al templo insigne de Epidauro,
de donde vino á Roma el Dios Serpiente,
que era al devoto enfermo que dormia
medicina segura.
No tanto al hijo del felíz Lisanias,
ni al estimado Acron Agrigentino,
ni á Asclepiades que encontró virtudes
en el licor de Baco.
No tanto á Arabs el nieto de Latona,

ni á Agron consuelo de apestada Atenas,
ni á Apolodoro, ni al que dió la vida
al hijuelo de Hector.
No tanto á Alcon, Critóbolo, y Artemon,
ni al gran Galeno, lustre de Pergamo,
ni al que es de todos Príncipe y Maestro,
Hipócrates Coense.
Como, á pesar de venenosa envidia,
á Andres Piquer le debe, el de Fornóles,
el de Valencia, y aun de toda España
honor y clara gloria.
A Andres Piquer, Filósofo profundo,
sabio versado en todas quantas ciencias
con rayos puros de doctrina alumbran
nuestros entendimientos.
Con cuyo nombre volará la fama
sobre las alas de sus doctas obras,
hasta ponerle en cuernos de la luna,
donde quedará siempre.

ODA XXXVII.

Á la Caridad, en ocasion de haber visitado, á pie y sin fausto, hasta los Lugares mas pequeños de su Diócesi el Ilustrísimo y exemplar Obispo de Orense Don Pedro de Quevedo y Quintano, haciendo ver, que el Sumo Sacerdocio no tanto atrae la veneracion pública con la exterior grandeza, como con las virtudes.

¡Ó, Caridad divina,
virtud de las virtudes causadora!
¿Que, que fuerza no tienes?
¿Quien á tí no se inclina?
¿Á quien no atrae, dime, ó no enamora
la copia de tus bienes?
¿Que milagros no haces?
¿Á quien con tu alegría no complaces?
Sin tí ni hay buen amigo,
ni buen padre, buen hijo, ó buen hermano.
Sin tí atetar rehusa
de sí misma enemigo,

la madre á quien ha dado el ser humano,
aun con débil excusa.
Sin tí se hace imprudente,
y es vengativo el hombre, é impaciente.
Sin tí el Médico mata
al que debiera procurar la vida,
y el maestro no enseña.
Sin tí el amo maltrata
al siervo, y este sin la fe debida
en servir mal se empeña.
Sin tí, en vez de defensa,
es el soldado de su patria ofensa.
Sin tí el Rey es odioso,
y el vasallo se niega á la obediencia
que debe con justicia.
Sin tí el Juez riguroso
oprime, trata mal á la inocencia,
como á la vil malicia.
Sin tí las sacras leyes
del pueblo hacen tiranos á los Reyes.
Sin tí huye del desierto
el Monge callejero y relaxado,

y habita en las ciudades.
Sin tí dexa su cierto
domicilio el mal Clérigo, y viciado
va tras las vanidades.
Sin tí el Párroco huye
el trabajar, y al feligres destruye.
Sin tí el fervor desmaya
de los sabios Obispos, y en la torre,
del peligro á la vista,
se duerme la atalaya,
y ni ladran los perros, ni socorre
alguno al que desmaya.
Sin tí al luxo no basta
algo, y lo que es del pobre se malgasta.
Sin tí no hay alegría
de corazon, ni puede haber sosiego:
nada sin tí es amable.
Sin tí el rico desvía
la oreja, é inflexible se hace al ruego
del triste miserable.
Sin tí la accion mas buena,
en sí, como la mala se condena.

Pero contigo abunda
todo bien, todo gusto se completa,
todo deleyte es bueno.
Contigo el alma inunda
el rio de la gracia, y la repleta
de un contento sereno.
Contigo aun la muerte
tranquilo encuentra á quien llegó á tenerte.

Contigo se asegura
la amistad y el amor entre hijo y padre.
Contigo el ñudo estrecho
de los hermanos dura
en fiel union; y la cuidosa madre
da al hijuelo su pecho.
Contigo la prudencia
viene al hombte, y el juicio, y la paciencia.

Contigo huyen los males
y hay acierto en la sabia medicina:
contigo hay enseñanza.
Contigo obran iguales
el amo y siervo; y aun á tanto alcanza,
que el corazon se inclina:

contigo es en la guerra
el Soldado muralla de su tierra.
Contigo el Rey es justo,
y el vasallo obedece sometido
á todo con contento.
Contigo el Juez, no injusto,
dá á la inocencia su favor cumplido,
y al vicio su escarmiento.
Contigo aun los tiranos
se convierten en Príncipes humanos.
Contigo del bullicio
del mundo, el que es buen Monge, se retira
á las cuebas obscuras.
Contigo hace su oficio
el Clérigo, y al bien del alma mira,
dexado de locuras.
Contigo de contino
el Párroco es el padre del vecino.
Contigo crece el zelo
del ministerio Pastoral, y vela
el Vigía observante.
Contigo toca al cielo

el ladrido del perro, que consuela
á la ovejilla errante.
Contigo quanto tiene
el Obispo á los pobres luego viene.
Contigo hoy admirada
ve la España al Obispo venerable
de Orense en la visita
de su Diócesi amada
andar desde la Aldea miserable,
y la campestre Ermita,
dando á todos exemplo,
hasta la Ciudad rica, y grande Templo.
Contigo cruzar puede,
sin mas tren, compañía, ni equipage,
que una sola alimaña,
de que jamas excede,
haciendo guia al Secretario y Page
por la adusta montaña,
á pie, y sin mas vestido,
que el ordinario, basto y deslucido.
Contigo ha hecho patente,
que no los coches y atavíos vanos

atraen el respeto,
que deben justamente
á los Santos Obispos los Christianos;
mas solo el ser perfeto
Pastor, que haga visible
á los hombres su vida irreprehensible.
Contigo ha convencido,
que la virtud del Sumo Sacerdocio
por sí misma es bastante,
sin la fuerza, ni el ruido
del mundo, á concluir qualquier negocio,
aun el mas importante.
Contigo se ve amado,
y de su Clero y Pueblo respetado.
Contigo:: ¿mas que no hace
quien con la caridad arregla, mide,
y ajusta sus acciones?
¿Que cosa no deshace
ardua, que alguna vez obrar impide
á muy sabios varones?
¡Ó suprema bonanza!
¡que bienaventurado es quien te alcanza!

ODA XXXVIII.

El hombre literato no es dado á los exercicios corporales, siendo mas felíz y famoso Don Gregorio Mayans, grande hombre Español, en su retiro de Oliva, que muchos otros aun los de primer altura.

Á quien tú, santa Diosa
Minerva, miras al nacer con blando
Rostro, no á la horrorosa,
de Marte profesion se irá inclinando,
Ni será conducido,
en medio del loor y aclamaciones,
Sobre el carro lucido,
dó triunfan los valientes campeones.
Ni Toledana espada,
ni segura escopeta Placentina,
Por él será gastada,
ni el puñal duro que al delito inclina.
Ni hará sobre la cuerda,
con peligro eminente, cabriolas,

Ni hay miedo que se pierda
en los juegos de manos con las bolas.
Ni sobre los estribos
de apareados caballos Sicilianos,
Buscará los festivos
víctores de la Olimpia, en todo vanos.
Ni armado el puño fuerte
con las ferreas correas de los cestos,
Corriendo tras la muerte
á la lucha, ó pancracio irá funestos.
Ni al son de las trompetas
pelcará entre fieros gladiatores,
Ni irá con los Atletas,
que tienen vanidad de corredores.
Ni turbado su juicio
se meterá en las danzas Bacanales:
Ni aprenderá el oficio
de domar los soberbios animales;
Mas allá en su retrete
buscará los primores de las ciencias,
Y el saber que promete
en esta y la otra vida conveniencias.

Como Mayans lo hace,
sabio Español, que eternidades viva,
Y á todos nos complace,
trabajando á la sombra de la Oliva.
El allí ilustra el alma,
si cabe mas ilustracion que tiene,
Y empuñando la palma,
ciñe el laurel, que á un sabio le conviene.
Él por sus eruditos
libros ha conseguido en todo el mundo
Elogios infinitos,
que le aclaman Filósofo profundo.
Él, qual veloz caballo,
da vuelta al circo rápido y brioso,
Corrido ha sin desmayo
el campo de las ciencias asombroso,
Él ha sido el primero
que volvió á dar, entre nosotros, vida
Al saber verdadero,
muerto por la arrogancia desmedida.
Él, vasallo sumiso,
merece la alabanza de los Reyes;

Y es el gran Fitoniso,
que explica los arcanos de las leyes.
Él, libre de contienda,
sin pleytos, sin disgustos, ni ocasiones
De sinsabor, su hacienda
disfruta, y alto honor sin pretensiones.
Él en fin se ha subido,
en alas de sus obras milagrosas,
Tan alto, que mordido
no será de las bocas envidiosas.
Y él está demostrando,
que la suprema bienaventuranza,
Del que está navegando
en esta vida llena de mudanza,
Es la sabiduría;
pues solo puede hacer felíz al hombre,
Que lograrla porfia,
labrándose con ella inmortal nombre.
Y que nadie recibe
premio mayor, ¡ó Diosa venerable!
Que el que contino vive
baxo la sombra de tu oliva amable.

ODA XXXIX.

Á Don Francisco Bayeu, Pintor de Cámara de S. M.

Dulcé le es al guerrero
hablar de la pelea
despues de conseguida la victoria.
Dulce es al marinero
referir la marea
quando en la amiga playa está con gloria.
Dulce es hacer memoria
de su largo camino al viajante,
y de su grangería al mercadante;
pero mucho mas dulce á lo que infiero
es loar á un amigo verdadero.
¿Que cosa mas suave,
ó Bayeu diviño,
que celebrar tu nombre glorïoso?
¿Ni que ventura cabe
mayor en mi destino,
que hablar de tu pincel maravilloso?

¿De aquel pincel brioso,
que ya en la eternidad te ha colocado
de Apeles y de Arístides á el lado?
¿De aquel pincel, que sabe dar belleza,
á que nunca alcanzó naturaleza?
Por él tu Zaragoza
disfruta nuevo nombre,
y su Sacra Apostólica Capilla
de tal riqueza goza,
que adquirirá el renombre
tal vez de la primera maravilla.
Por él, como el sol brilla
puesto en medio del cielo refulgente,
y es famosa de Oriente al Occidente.
Por él mas gloria y claro lustre toma,
que por el alto Emperador de Roma.
Los coros de Profetas,
y Apóstoles sagrados
con su Reyna por él devota admira;
y los de Anacoretas,
y Héroes denodados,
que triunfaron del mundo y de su ira,

:oy en el gozo mira,
acompañando en triunfo á su Señora,
á quien la tierra, el mar, y el cielo ad
y has sabido pintarlos de manera,
que ve en carne mortal la gloria entera.
Por él del solitario
asombro de Grenoble
la casa justamente es celebrada,
y el Regio Santuario
del Obispo mas noble,
que vistió la virreta colorada.
Por él mas freqüentada
del Máxîmo Doctor de la Escritura
es la Iglesia: por él ardiente dura
y durará hasta el fin con eficacia
la devocion mas grande en Santa Engracia.
De la Imperial Toledo
por él creció la fama,
y se extiende á los ámbitos del mundo.
El heroyco denuedo
de sus Pastores llama
la admiracion por tu saber profundo,

librados del inmundo
calabozo del tiempo y del olvido,
donde casi se habian sumergido
con bien poca esperanza de salida,
si tu pincel no los tornase á vida.
Aquella Iglesia Santa,
tesoro de virtudes y de ciencia,
es ya tambien tesoro de pintura.
Tu pincel la levanta
á que haga competencia
á Roma y Grecia en su mayor altura,
y el vencer la asegura
con las divinas tablas de tu mano,
en que de Rafael, y del Ticiano,
de Conrado, Jordan, Mens y Ribalta
supiste unir la perfeccion mas alta.
Tu Eugenio Primero
al pueblo predicando
te hará honor inmortal en las naciones:
su rostro verdadero
allí se está mirando,
y se escuchan sus ecos y razones:

del pueblo las pasiones,
la compuncion, respeto y mansedumbre
se ven de bulto: la celeste lumbre
del Espíritu Santo es tan divina,
que aprueba de Eugenio la doctrina.
Su martirio glorioso:
el pérfido tirano
cercado de Adivinos y Qüestores:
el verdugo horroroso:
la muger, que la mano
muerde de pena: los espectadores:
los claros resplandores
de la gloria: los Angeles: el puente
do arrojan el cadáver inocente;
y en fin quanto se mira en esta tabla,
todo se mueve, todo piensa y habla.
Del Apóstol de Francia
la aparicion famosa
al Caballero Ercoldo á que buscase
con fervor y constancia
en la agua cenagosa
de Macarsi á Eugenio, y que sacase

su cadáver y honrase
de tan insigne Obispo la memoria,
te llenará de aplausos y de gloria,
consiguiendo por siempre el que te admire,
y te bendiga todo el que le mire.

La translacion triunfante
del cuerpo deseado
á su Primada Iglesia es un portento:
el séquito brillante,
militar y sagrado
que llevó en su felíz recibimiento,
de Filipo el contento,
y de Cárlos y el pueblo la alegría,
forman con los celestes armonía
tal, que bien han mostrado tus desvelos
que el ser Pintor te viene de los cielos.

Casilda socorriendo
á míseros Christianos
suspende: en una puerta verdadera
se advierte á uno subiendo
extendidas sus manos
al pan que se le da de la escalera,

y tiene tan defuera
la espalda, brazo y pierna, que aun mirado
de cerca con despacio y con cuidado,
se duda si es de bulto, y se separa
de la pared muy cerca de una vara.
El pan tornado en flores:
suspenso el padre Moro:
admirada la anciana: llenos de ira
viles acusadores:
la miseria y el lloro,
y aquel terror que el calabozo inspira
en tu quadro se admira;
y mucho mas el ver que en la pintura
sepas aprovechar la arquitectura,
haciendo una ventana te sirviese,
y siendo natural, pintada fuese.
El tránsito dichoso
de aquesta penitente
Virgen, acompañado de la gloria;
y el martirio horroroso
de aquel Niño inocente
de la Guardia, tán digno de memoria

por su inmortal victoria,
estan con tal viveza retratados,
que hasta el ayre se mira por los lados,
y los cielos abiertos, que reciben
á las dos almas, que por siempre viven.

La tabla de Eulogio
intrépido exhortando
de Córdoba á los Mártires felices,
es tan digna de elogio,
quanto ella está ostentando
de tu mano divina los matices:
y aquellos infelices
fanáticos, crueles y tiranos,
que llevan á los míseros Christianos,
estan con tal carácter de impacientes,
que se les oye rechinar los dientes.

¿Pues que es posible diga
de la inmortal pintura
del Serafin Francisco? ¡Ó Dios! absorto
la admiracion me obliga
á callar su hermosura,
pues todo elogio me parece corto;

y aunque mas me transporto
para buscar conceptos, no es bastante,
ni puede ser mi lengua titubante
capaz de dar loores dignamente
á una composicion tan eminente.
Los siglos venideros
harán justa alabanza
de este prodigio del ingenio humano.
Quando ni lisonjeros
adulen, ni venganza
busquen los envidiosos por su mano,
ni menos el villano
proceder de venales traydorcillos
esparzan por las plazas y corrillos
voces ya de loor, ya de desprecio,
que puedan sorprender al vulgo necio.
Ellos te harán justicia,
y tu merecimiento
con fama eterna se verá premiado;
todos habrán noticia
de tu insigne talento
y serás por los siglos celebrado:

tu nombre será honrado
por las generaciones venideras;
y las sabias naciones extrangeras
codiciarán tus obras prodigiosas,
y las conservarán muy cuidadosas.
Vive para ser lustre
de tu patria querida,
sabio Bayeu, vive inmensos años;
y al paso que se ilustre
tu fama esclarecida,
disfruta honor de propios y de extraños:
vive exênto de daños
de la vegez, y adquiere nueva gloria,
que de Pintura en la abundante historia
te dé el primer lugar, y mas honroso,
á pesar de este siglo tenebroso.

LAS ODAS.

LIBRO SEGUNDO.

ODA I.

Cantó Homero sus guerras
en griego levantado,
y en griego mas humilde
Teócrito sus campos.
La guerra de Farsalia
cantó en latin Lucano,
y en latin cantó Ovidio
sus Dioses y sus llantos.
Aquellos con los griegos
nacidos y criados,
y estos con los Latinos,
que como ellos hablaron.
Pues yo, que soy nacido
de Españoles honrados,
quiero cantar mis versos
en metro castellano.

ODA II.

Á Licimnia.

No temas, no, Licimnia,
que por estar casada
tengo yo de quererte
con menos eficacia.

Casada estaba Venus,
la Diosa de Accidalia,
quando por ella Marte
dexó la guerra y armas.

Casada estaba Helena,
la hermosura greciana,
y con todo de Paris
Troyano fué robada.

Casada con Ulises
Penélope la casta,
de mil finos amantes
mereció tiernas ansias.

Casada fué Lucrecia,
Bersabé era casada,

y apetecidas fueron
de dos grandes Monarcas.
Así, pues eres bella
con discrecion y gracia,
dexa aquesos temores,
que tu hermosura agravian.
Y cree serás querida
de mí con mayor ansia,
pues la belleza agena
al doble es codiciada.

ODA III.

Á mi criado.

Dame, dame, muchacho,
la copa de Lyeo,
y llénala hasta el borde
del hijo del sarmiento.
Despues traerás la lira
cantaré dulces versos,
y bebiendo y cantando
la noche pasarémos.

Porque el frio Diciembre
viene el mundo arriciendo,
y para mitigarlo,
y para repelerlo,
Con fuego por afuera
y fuego por adentro,
dame, dame, muchacho,
la copa de Lyeo.

ODA IV.

Á la muerte del páxaro de Lidia.

El paxarillo dulce
ha muerto de mi Lidia,
el paxarillo que era
sus gustos y delicias.
Aquel á quien amaba
mas que á las propias niñas
de sus divinos ojos,
que en tanto le tenia.
Llórenle los Cupidos,
las Venus y las Ninfas,

y quantos primorosos
hombres el mundo habitan.

Porque era tal su gracia,
y tanta la armonía
de su canto sonoro,
que era encanto el oirla.

Él con gorgeos suaves,
antídoto á fatigas
era, y contra tristezas
la mejor medicina.

Á su dulce Señora,
qual los niños y niñas,
conocen á sus madres,
él tambien conocia.

Mil vuelos en la jaula
daba en llegando á oirla,
y mil otros extremos
llegando á verla hacía.

Ya al superior arambre
Con las uñas negritas
se colgaba, ya á un lado
ya á otro lado corria.

Ya en alta voz trinaba,
y en tierna melodía
con pios mas suaves
parece que decia:
Abre, amable Señora,
no esta prision me impida
que yo robe á tus labios
la mas dulce ambrosía.
Abre, porque yo quiero
dar á muchos envidia
volando hácia tu pecho,
picando en tus megillas,
Discreto paxarillo,
que bien que pretendias,
pues yo fuera el primero
que envidiara tus dichas.
Mas ¡ay! que ya la muerte
cortó el hilo á tu vida
con lágrimas, turbando
de tu dueño la vista.
¡Ó, muerte furibunda!
¡ó, sombras! ¡ó, malditas

parcas! ¡ó, fieras furias,
que haceis gala el ser impías!
¿Por que, por que tan bello
páxaro, y de tan lindas
calidades, llevaisteis
á la ribera estigia?
¡Ó, mal hado! ¡ó, infelice
paxarillo! que privas
á tu amable Señora
de gustos y alegrías.
¿Mas que digo infelice?
dichoso eres; y envidia
te tengo, pues te llora
con ternura mi Lidia.

ODA V.

Á unas muchachas.

Preguntaisme, muchachas,
que por que no estoy gordo,
ni duermo, ni descanso,
ni sosiego ni como.

Pero yo claramente,
amigas, os respondo:
porque ni tengo plata,
ni me desenamoro.

¿Como quereis que engorde,
quando en vosotras noto,
que si teneis amores
es por interes solo?

Si no fueseis, muchachas,
tan amigas del oro,
me veríais alegre,
me veríais gozoso.

ODA VI.

De la noche buena.

Ya cercada de hielos
llegó la noche buena
á traernos mil bayles,
regocijos y fiestas.

Pues ea, échame vino,
beba yo, y todos beban,

y al son de los panderos
dé principio la fiesta.
Aristomenon bayle
con la muchacha Petra,
y Títiro resuene
las roncas castañuelas.
Palemon eche fuego,
vaya Silvio á la cueba,
y cómanse castañas,
y apúrense botellas.
Y lógrese esta noche,
pues hay salud perfecta,
que el dia de mañana
Dios sabe quien le vea.

ODA VII.

De mi nacimiento, y vida.

Ni soy hijo de Duque,
de Marques, ni de Conde.
ni traigo descendencia
de Reyes, ni Señores.

Mis abuelos han sido
honrados labradores;
mas ellos, y mis padres
tambien han sido nobles.

Ni codicio riquezas,
ni envidio los honores;
ántes á mi me envidian
los ricos siendo pobre.

Ni paseo antesalas,
ni tengo que hacer corte,
ni esperando á los Grandes
tampoco llevo postes.

Nada me hace falta,
ni quiero que me sobre,
pues la naturaleza
con poco se compone.

Ni se ven en mi mesa
faysan, ni pastelones.
ni las compuestas leches,
ni extrangeros licores.

Un honrado puchero
es principio y es postre,

el vino de mi cueba,
y el pan de mis atroges.

Ni mi cama es colgada,
ni tiene pabellones;
mas sí colchones buenos,
y sabanas mejores.

Del frio me defiende
mi jubon y capote,
con la agreste montera
de color pardomonte.

Pastores y vaqueros,
me acompañan de noche,
y del ganado y campo
son las conversaciones.

No procuro noticias,
ni atiendo á vagas voces,
siento que el Reyno sienta,
me gozo en que se goce.

Con esta vida, Fabio,
vivo dias y noches;
que ni noches, ni dias
se viven en la Corte.

ODA VIII.

De las bodas de Lísida.

Con las bodas intrépidas
de la muchacha Lísida,
del fiero amor tiránico
la vida olvidé tímida.
Y ahora seré qual náutico,
que de las olas rígidas
escapa pobre y trémulo
sobre una tabla mísera.
Que mas quiere las áridas
cruzar sierras altísimas,
que verse otra vez náufrago
entre las aguas líquidas.

ODA IX.

De las mismas bodas.

Si ya encendió Himeneo
el sacrosanto pino:

si ya Lísida goza
amores de Lucilio.

¿De que sirven tristezas?
¿que aprovechan suspiros?
¿que adelantan cuidados,
si ya el bien se ha perdido?

¿No es mejor alegría?
Sí: pues échame vino,
que quiero mis pesares
en gusto convertirlos.

Que pues Lísida goza
los gustos que ha querido,
mejor es desquitarme
gozando yo los mios.

ODA X.

De mi deleyte.

Ni parisianos dulces,
ni las hibleas mieles,
ni las bebidas Turcas,
ni los vinos del Betis,

Ni el licor con que brinda
á Jove Ganimedes,
es tan dulce á mi boca
como hablar de Filene.

ODA XI.

Á Licimnia.

Ni canto de Numancia,
ni canto de Sagunto,
ni canto del Rusiano,
del Persa, ni del Turco.

Porque de los primeros
ya no ha quedado uno:
los otros ¿que hé con ellos
si estan al fin del mundo?

Cante el que quiera guerras
de airado Marte duro,
y cargue los soldados
con el arnes y escudo.

Los campos otro cante
abundantes de frutos,

ó bien cante los mares
inciertos y confusos.

Celebre otro los hechos
de Monarcas augustos,
su poder, sus riquezas,
sus leyes y sus triunfos.

Porque yo solo canto
los tus cabellos rubios,
cabellos con que prendes
la libertad de muchos.

Tus cabellos, Licimnia,
mas finos que oro puro,
pues en ellos consisten
mis dichas, y mis gustos.

ODA XII.

Á Lidia Poetisa.

La lira de la Jonia,
la cítara de Lesbos,
la zampoña de Tracia,
que movia los cerros.

Ni aquellas dulces voces
por quien fué Ulises preso
se igualan, Lidia mia,
con tus suaves metros.

ODA XIII.

Á una Paloma.

Amada Palomilla
de mi querida Cloris,
mas dichosa que aquella
del viejo Anacreonte.

¡Ay! ay! quantos envidian
ver que tú dichas goces,
dichas que apetecieran
con ansia muchos hombres.

Tú en torno la aleteas,
y en sus hombros te pones,
y tendiendo las alas
le haces mil amores.

Ella á tí te acaricia,
y en su seno te acoge,

y tú en sus labios picas,
y tú en su boca comes.
Su habitacion es tuya,
tu cama sus colchones:
pues eres tan dichosa
haz que tu dicha goce.

ODA XIV.

De Filene.

No nació mi Filene
de espuma citerea,
ni Jove fué su padre,
ni Rea fué su abuela.
Ni tiene Reyno en Chipre,
ni tiene aras en Creta,
ni Anacreon, ni Sapho
con himnos la celebran.
Pero nació del cielo
su virtud, que es toda ella,
que cosas tan cabales
no nacen en la tierra.

Aras tiene en los pechos,
en la voluntad reyna,
y yo canto en su aplauso
dos mil canciones tiernas.

ODA XV.

Á Licimnia.

Los peces en la selva,
las fieras en los mares,
las aves en el fuego,
las plantas en los ayres,
Las yerbas en los cielos,
y estrellas en los valles,
se criarán, Licimnia,
quando yo te olvidare.

ODA XVI.

Á Flora.

Mi voz, ó dulce Flora,
ya no canta, que llora

viéndome despreciado,
y por otro trocado,
que no tanto te adora.

Responde á mi gemido,
si por dicha á tu oido
llega, que allá le envia
mi amor, ó Flora mia,
del pecho enternecido.

Mira que yo te quiero,
mira que por tí muero,
y que alcance dichoso
el ser dueño amoroso
de tu pecho el primero.

Ten presente, bien mio,
que quiso el cielo pio,
que al punto que te hablase,
al punto te entregase
voluntad y albedrío.

Vuelve, vuelve á mis brazos
para que en tiernos lazos
mi dulce Flora amada,
viéndote enamorada,

te dé dos mil abrazos.
Y luego con tu boca
darásme un tierno beso,
que este no es gran exceso;
si no, muchacha loca,
me harás perder el seso.

ODA XVII.

De mi diversion.

Unos tienen sus gustos
en la caza y el campo,
otros en las tertulias,
otros en los saraos.
Otros en los paseos,
los toros y teatros:
otros solo en los juegos
de naypes y de dados.
Otros gustan de perros,
los otros de caballos,
los unos de vestidos,
los otros de peynados.

Los unos solo tienen
sus gustos y regalos,
desde el plato á la cama,
desde la cama al plato.
Y yo gozo contentos
mas dulces y colmados
con mi casa, mis libros,
mi jardin y mi quarto.

ODA XVIII.

Á Maella.

Ea, diestro Maella,
retrátame á Filene;
pero para el retrato
lo que te digo advierte.
No la pintes muy alta,
ni muy baxa la dexes,
ni delgada, ni gruesa,
blanca sí qual la nieve.
Ni el talle le dibuxes,
que parezca se quiebre,

ni muy largos los brazos,
ni muy blancos los dientes.
Sus labios haz corales,
sus megillas vergeles,
y el armiño de Tracia
empléale en su frente.
Sobre todo las cejas
y el pelo haz que negree,
y los ojos tan claros,
que á estrellas se asemejen.
Haz que arroje Cupido
de'llos flechas ardientes:
píntalos duros, tiernos,
con tristeza, y alegres.
Haz: : ¿mas que es lo que digo?
no tal arrojo intentes,
que pintar su hermosura
ni todo el arte puede.

ODA XIX.

De mí mismo.

No canto á las orillas
del Tormes, ni de Adaja,
ni mis ecos suspenden
la fiera en la montaña.
Tampoco con adufe
celebro las majadas,
ni levanto mis voces
al ruido de las caxas.
Que canto seguidillas
al pie de una tinaja,
y suspendo mosquitos
al son de mi guitarra.

ODA XX.

Á Lilibeo.

Ni el oro que produce
el Indico emisferio,

ni las perlas y conchas
de donde nace Febo.

Ni sangre, ni hermosura,
ni ser del mundo dueño;
ni quanto tocar puede
al interes grosero;

Ha de causarte amores,
pues el amar por esto,
sin duda es con vileza
poner el alma en precio.

La virtud sola debe
amarse, Lilibeo,
pues ella sola pasa
los límites del tiempo.

ODA XXI.

Á Licimnia.

Muchos dias, Licimnia,
las ventanas no abres,
sin poder ver tu cara
por mas que ando tu calle.

No te pido la causa,
ni pretendo quejarme,
pues quando te recatas
convendrá el recatarte.

Pero, por Dios, las veces
que puedas asomarte,
¡ay! no dexes de hacerlo,
si no quieres matarme.

Y pues eres el todo
de mis felicidades,
goce yo al ménos verte,
ya que no goce hablarte.

ODA XXII.

Á mi criado.

Dame, dame, muchacho,
dame, dame la lira,
la lira con que Homero
cantó guerras sanguinas.

Dámela, porque quiero,
no ya de amor delicias,

sino de héroes valientes
cantar heroycas vidas.

Quiero al son de atambores,
trompas y chirimias,
del soberano Marte
cantar cosas divinas.

¿Pero que es lo que digo?
de amor solo en mis dias
serán mis cantilenas,
y de beodas viñas.

ODA XXIII.

Á Flora.

En sagrado himeneo
juntémonos, mi Flora,
y de tus tiernos años
la primavera goza,

Goza amante en mis brazos
las delicias gustosas
del hijuelo vendado
de la Ericina Diosa.

Y de la flor primera
de tu juventud logra
ahora que eres bella,
ahora que eres moza.
Porque los años pasan,
y se secan las rosas,
se encanece el cabello,
y la espalda se encorva.
Con que así en himeneo
juntémonos, mi Flora,
y de tus tiernos años
la primavera goza.

ODA XXIV.

De un sueño.

Despues de bien bebido,
despues de bien cenado,
una noche de invierno
dormia yo en mi quarto.
Quando soñé que via
una danza de Faunos,

que con planta ligera
se movian baylando.
Detras d'ellos venia
el biforme Dios Baco
con una grande copa
de vino en una mano.
Yo al punto á recibirle
salí, y ví que á su lado
estaba de Citéres
el flechero muchacho.
Y luego que me vido,
el nervio preparando,
y la aguzada flecha
tocada al rubio vaso,
El pecho travesóme,
y desde entónces ando
beodo, con amores,
y lleno de cuidados.

ODA XXV.

De la muerte.

Si al fin la muerte llega
sin que tenga remedio,
¿de qué sirven riquezas?
¿de que sirven dineros?
¿De que las dignidades?
¿de que los altos puestos?
¿las mitras, las coronas,
los báculos y cetros?
Corta igual su guadaña
al Rey y al pordiosero
el hilo de la vida:
nadie hay de los que fueron.
Todos á ella vamos
llevados por el tiempo;
y en llegando la hora
ninguno escaparémos.
Cosa dura es la muerte;
pero tambien advierto,

que sentir sin que llegue,
será vivir muriendo.

Pues, ea, échame vino,
porque beodo quiero
tocar alegres tonos,
cantar alegres metros.

Y al bayle vengan mozas,
y con ellas mancebos,
que no quiero estar triste
miéntras que vivo y bebo.

ODA XXVI.

Á Leandro.

Tu escudo está, Leandro,
timbreado de banderas,
de artillería y caxas,
de espadas y escopetas.

El mio está de espigas,
de arados y de rejas,
de pámpanos y frutas,
de palas y queseras.

Y no es peor que el tuyo;
ántes, si lo contemplas,
el mio es solo escudo,
que el tuyo es apariencia.

ODA XXVII.

De Cincia.

Al prado salió Cincia
á caza una mañana.
¿Quien creyera que Cincia
fuera tambien á caza?

Ni tonante escopeta
en el hombro llevaba,
ni bayoneta aguda,
ni relumbrante espada.

Ni lazada que oprime,
ni verde red que engaña,
ni lleva Alcon sañudo,
ni lleva perra osada.

Mas llevaba sus ojos
sus ojuelos, que encantan,

y en herir corazones
son bien usadas armas.

ODA XXVIII.

De mí mismo.

Al tiempo que Bootes
desde el solio eminente
de su celeste carro
rige el mes de Diciembre.

Quando de Guadarrama
el nevado copete
tira á la Corte bombas
de granizos y nieves.

Quando ni se halla sala,
ni escondido retrete,
por mas que esté abrigado,
donde el frio no entre.

Yo estoy casi desnudo
en mi aposento alegre,
sin que del crudo invierno
el yelo me amedrente,

¿Mas que mucho, si tengo
en mi pecho perenes
los cálidos ardores
de Lyeo y Citéres?

ODA XXIX.

Al Invierno.

Aunque vengas Bootes
tan rígido y severo
con tus picas de nieve,
con tus lanzas de yelo.

Como esté en mi cocina
sentado á par del fuego,
hablando con pastores,
tratando con vaqueros.

Comiendo buenos trozos
de perniles gallegos,
y echando buenos tragos
de vino malagueño.

Con mi Crósida al lado,
diciéndola requiebros,

amante recostado
en su regazo tierno,
Que vengas como vengas,
ningun miedo les tengo
á tus lanzas de nieve,
á tus picas de yelo.

ODA XXX.

De Marte.

Al tiempo que luciente
corria por el cielo
la transformada Osa
de Júpiter Eleo.
Y el carretero Boótes
desde su carro excelso
los Triones regía
con látigo severo.
Despues de bien bebido,
de un agradable sueño
sobrecogido, estaba
tendido sobre el lecho.

Quando oí que á mis puertas
llamaba un pasagero,
forzado de la noche,
y oprimido del yelo.
Abríle compasivo,
y estuvo apénas dentro,
quando advertí que era
el Dios Marte guerrero,
Que por entre la Sierra
venia casi yerto
con lágrimas regando
el acerado peto.
¿Que lloras? preguntéle;
y él me respondió tierno:
lloro las tiranías
del hijuelo de Venus.

ODA XXXI.

Á un Médico.

Ea, Doctor sublime
en la Esculapia arte,

para quien no se encuentran
dolores incurables.

Por tí ya van huyendo
las muertes y los males,
y adonde estás apénas
se ven enfermedades.

Por tí de Coronide
el hijo es ya mas grande,
pues su dificil ciencia
tú la perficionaste.

Pues sabes tanto, amigo,
dame un remedio, dame,
con que al amor resista
de la que tú engendraste.

ODA XXXII.

Á Flora.

Para tomar colores
dicen bebes las aguas,
que en las boticas sucias
componen aceradas.

Y á fe que eres gran boba,
pues mejor los tomáras
si en vez de agua bebieras
buen vino de la Mancha.

ODA XXXIII.

De un sueño.

Entre morados lirios,
entre encarnadas rosas,
soñaba la otra noche
que estábamos yo y Flora.
Un loto nos cubria,
y una yedra enredosa
en torno nos cercaba
con sus lascivas hojas.
Cantaban ruiseñores
con voz dulce y sonora,
y el céfiro bullía,
y suspiraba aromas.
Hermosos Cupidillos
con alas bullidoras

entre los dos andaban
en concertadas tropas.
Y yo::: el gato á este tiempo
me dispertó: huyó Flora,
y las rosas y lirios
se me volvieron sombras.

ODA XXXIV.

Á un Maestro de vasos.

Ea, docto Maestro
en arte de hacer vasos,
fabrícame uno grande
de cristal terso y claro.
No al derredor le pintes
armadas, ni soldados,
morteros, ni cañones,
ni góndolas, ni barcos.
Tampoco aureos doseles,
ni tronos elevados,
ni casas, ni murallas,
ni torres, ni palacios.

Pero sí diestro imita
en torno un emparrado,
del qual verdes racimos
parezca estar colgando.

Y á su sombra dibuxa
muchachas y muchachos,
unas dándose besos,
otros dándose abrazos.

Y así quando yo beba
podré estarlos mirando,
dando á los ojos gustos,
y á la garganta tragos.

ODA XXXV.

De mí mismo.

Gustan unos del olmo,
otros del verde enebro,
unos quieren la encina,
los otros el abeto.

Hay á quien solo agradan
los cipreses funestos,

bien los altos pinos,
corona de los cerros.
Pero yo les pregunto:
¿que sacais de quererlos,
quando ni las tristezas
quitan, ni dan contentos?
Yo al fin quiero las vides,
racimos y sarmientos;
mas de ellas me corono,
mas de ellos tambien bebo.

ODA XXXVI.

De mi vocacion.

Al compas de atambores
marcha el fuerte soldado
á sufrir los rigores
del enemigo airado.
Se expone despechado
del cañon á la frente:
siempre se halla impaciente,
cansado, triste, hambriento,

calorado, y sediento.
Fiero entra en la batalla,
y avanza á la muralla:
gasta el verdor primero
siguiendo al Dios guerrero,
y solo le divierte
la pavorosa muerte.

Miéntras el Aldeano
en su pajiza choza
con sosiego y paz goza
de su esposa la mano:
mírase alegre y sano,
sin pensamiento triste
su ganado le viste,
y da queso sabroso,
que come con reposo,
y con lo que ha heredado
de todo está sobrado;
y su querida esposa,
en union amorosa
y suaves delicias
le halaga con caricias:

los hijos le rodean,
y todos le recrean.
Mas por bien empleado
tomara yo aquel susto,
renunciando este gusto,
por no verme casado.

ODA XXXVII.

Del invierno y verano.

¿Que harémos que al invierno
siga alegre el verano,
si con el frio acaban
tertulias y saraos?
¿Que harémos que haya flores
en jardines y campos,
si tambien hay bochornos,
y estamos sufocados?
Yo siempre el frio quiero,
pues para minorarlo
hay vino malagueño,
hay jamon galiciano.

ODA XXXVIII.

De mí mismo.

Amo á la moza alegre,
amo á la vieja santa,
y ambas á dos me gustan,
y ambas á dos me agradan.
La moza porque hace
lo que su edad no extraña:
la vieja porque en bayles
no profana sus canas.
La una empieza la vida,
y es justo celebrarla:
la otra llega á la muerte,
y no es mucho la plaña.

ODA XXXIX.

Á un Médico.

El Médico del agua
te llaman, ó Lidoro,

pues su virtud aplicas
á los dolores todos.

Yo no repruebo, amigo,
de tu curar el modo,
ni en tu acierto me meto,
ni á tu ciencia me opongo.

Mas si Médico fuera,
segun soy de beodo,
yo haría me llamasen
el Médico del mosto.

ODA XL.

De los bayles.

Dicen que es gran deleyte
un sarao de Damas,
de Damas y Galanes
en una rica sala.

Allí al son de instrumentos
se baylan contradanzas,
y gigas y paspieses,
bretañas y demandas.

Allí quanto se mira
es brillantez y gala,
y allí quanto se alienta
suaves son fragrancias.

Allí de ceremonia
se sientan y levantan,
y hasta para que baylen
en ceremonias andan.

Esto aprecian aquellos,
que aun no tienen barbas,
aquellos que no saben
lo que en el mundo pasa.

Porque si lo supieran,
¡ay! ¿como les gustaran
los bayles de Señoras,
donde hay bayles de charras?

Allí al son de panderos,
adufes y tonadas,
que cantan las mozuelas,
se respinga y se bayla.

Allí los jovenzuelos
como unos locos danzan,

ya dando aquí la vuelta,
ya hurtando allí la cara.

Allí templa el bochorno
el céfiro que pasa,
y allí bayla el que quiere
con la que le da gana.

Allí, luego en baylando,
se tiende el que se cansa,
y está en dnlces coloquios
con la mejor zagala.

Y allí quando se seca
un poco la garganta,
se beben dulces vinos
con ollas empegadas.

ODA XLI.

De las tempestades.

Las tempestades sientes
porqué te asustan, Lida,
y con truenos y fuegos
te aturden y desvistan;

Y á mí con mayor causa
tambien me atemorizan,
porque envian la piedra,
que destruye las viñas.

ODA XLII.

De Cárlos V.

Felíz fué Cárlos Quinto,
Emperador de Roma,
en tener al gran Alba
para mandar sus tropas.

Felíz fué en sus conquistas
por toda la Saxonia,
y felíz en el modo
de usar de sus victorias.

Felíz fué en sus empresas
contra la Africa Mora,
contra Francia, é Italia,
contra el Danubio y Mosa.

Felíz fué en sus herencias,
juntando en su Corona

las mas pingües regiones
de la felíz Europa.

Felíz fué en sus Ministros,
y en las leyes que nota;
felíz fué en el gran triunfo,
que de sí mismo logra.

Felíz fué en que los Sabios,
que aquella edad lustrosa
produxo mas sublimes,
escribiesen su historia.

Felíz fué en que el Ticiano
pintase su persona,
haciendo sobre el lienzo
eterna su memoria.

Y felíz en que Selma,
que á su Valencia honra,
dé en láminas divinas
dél mil divinas copias.

ODA XLIII.

Á Leandro.

Murmúrasme, Leandro,
porque canto del vino,
y de aquí necio infieres
que bebiendo me privo.
Pero tú no contemplas
que á Anacreon imito,
y así de los asuntos
que el Teyo escribió escribo;
Y que si yo bebiera,
como dices, maligno,
no tuviera muy apto
para versos el juicio.
Yo canto, mas no bebo,
ni beber imagino;
pero tú te emborrachas
sin despegar tu pico.

ODA XLIV.

De mí mismo.

Pregúntame Licimnia:
¿que, Don Leon, adviertes
en nosotras, que andas
rehuyéndonos siempre?
¿Acaso juzgas somos
serpientes las mugeres?
¿ó tigres y panteras
del Cáucaso eminente?
¿Acaso las ternuras
de nuestro trato alegre,
naturalmente amables,
á tí solo te ofenden?
¿Acaso nuestras voces,
que al mas duro enternecen,
evitas, como canto
de sirenas crueles?
¿Acaso somos agrias,
qual vinagre del Betis?

¿ó bien acaso amargas
te somos como yeles?
¿Por que, dí, por que causa
nos odias y aborreces?
¿Por que, dí, no nos amas?
¿Por que, dí, no nos quieres?
Pero yo le respondo:
No con acaso aprietes;
huyo porque os quiero
mas de lo que conviene.

ODA XLV.

Á un Ruiseñor.

Hermoso paxarillo,
delicia de la selva,
que con tus pios dulces
suspendes y recreas.
Suave sobre quantos
feraz naturaleza
produxo para alivio
de las humanas penas.

¿Por que, por que no vives
en nuestras casas mesmas,
y no allá solitario
te estás en las riberas?

¿Por que, por que no anidas
en las Cortes excelsas,
ó bien en los palacios
en medio de riquezas?

¿Por que, por que en las salas,
do siempre es primavera,
do siempre está el deleyte
te mueres de tristeza?

¿Por que:: ¿mas que pregunto?
Por no ver nuestra necia
presuncion y locura,
nuestro orgullo y soberbia.

ODA XLVI.

Al Infante Don Cárlos.

Generoso renuevo
del mas excelso tronco

que ha conocido el mundo
desde uno al otro polo.

Niño, que ya eres héroe
por tus padres heroycos,
aun antes que conozcas
tu estado poderoso.

Delicias de la España,
á quien causas mil gozos,
y esperanza felice
de Reynos mas remotos.

Tú, á quien destina el cielo
para ocupar el trono
mas sublime de quantos
se admiran con asombro.

Tú, á quien anuncia el hado
triunfar del mundo todo,
y obscurecer los hechos
del César mas famoso.

Tú vivas y tú reynes
para hacer por nosotros
tanto bien, que creamos
volver la edad de oro.

ODA XLVII.

Á Barcia.

Recien casado Scenio
con Lidia la ramera,
por tus enredos, Barcia,
se divierte, y se alegra.

Ni él conoce la infame
canalla que le cerca,
ni mira su deshonra,
ni advierte su vileza.

Olvidado del lustre
de su familia excelsa,
se mezcla con rufianes,
juglares y alcahuetas.

Ni teme á sus parientes,
que irritados le zelan,
ni al vulgo, que escudriña
las faltas mas pequeñas.

Y todo por tus artes,
condenada hechicera,

corrompida en costumbres,
y maldita en la lengua.

Por tí, peste, que vicias
mil jóvenes doncellas,
mil honrosas casadas,
y mil viudas honestas.

Por tí, que de maldades
eres la quinta esencia,
podrida entre podridas,
y fea entre las feas.

Por tí, esqueleto vivo:
por tí, muerte que alientas:
por tí en fin, despreciable
por vieja entre las viejas.

¿Y aún con tus indignas
palabras, y tus muecas,
querias incitarme
á cosas deshonestas?

Marcha, marcha al infierno,
que allí es donde te espera
Pluton, que es quien te quiere
para cebar culebras.

ODA XLVIII.

Á Licimnia.

Engáñanos la vista,
engáñanos el tacto,
engáñanos el gusto,
el oido y olfato.
Nos engañan los padres,
nos engaña el hermano,
nos engaña el amigo,
nos engaña el criado.
Solo quando aseguro,
Licimnia, que te amo,
te juro por los Dioses,
que entónces no te engaño.

ODA XLIX.

Á mi Impresor.

No, no, impresor amigo,
prepares ya la imprenta,

ni nuevos moldes busques,
ni láminas, ni letras.

Ni papel encomiendes,
del Ginoves tarea,
tarea con que trapos
convierten en moneda.

Ni ajustes oficiales,
ni prepares la negra
hija del negro humo
de sulfurantes teas.

Ni menos en tus salas
pongas tendidas cuerdas,
donde los anchos pliegos
se sequen, que humedezcas.

Que yo, autor de estos versos,
no quiero que parezcan
en un tan claro siglo
tan llenos de tinieblas,

Á vista de los doctos,
que el dia de hoy se aprecian,
hinchados vanamente
de erudicion violeta.

Y porque no hay dinero
con que imprimirlos pueda,
y temo á los censores,
como á nube de piedra.

Con que así, no prepares,
no prepares la imprenta,
ni nuevos moldes busques,
ni láminas, ni letras.

SUPLEMENTO
AL LIBRO II. DE LAS ODAS.
Por D. M. R. P.

EL EDITOR.

Al lado de mis Odas,
en seguida á mis versos,
te doy, Lector amado,
la Sapho de estos tiempos.
La que en dulzura excede
al Teyano Anacreon,
y en lo ameno y sublime
á Píndaro y á Homero.
La que:: ¿mas que me canso
en elogiar su ingenio,
quando serán sus obras
elogio mas completo?

ODA I.

Canto tiernas delicias,
canto dulces cariños,
canto penas y gozos,
que del amor son hijos.

Canto prados amenos,
canto montes sombríos,
canto gustos y ardores
del amor y del vino.

Y canto otras mil cosas
tan solo por capricho,
pues con ninguna de ellas
me caliento, ni enfrio.

Mi casa, mi familia,
hermanos y marido,
tan solo me interesan,
que lo demas lo finjo.

ODA II.

* *De Amarilis.*

Con una florecilla,
que cayó de su rizo,
se burlaba Amarilis
con otros y conmigo.
Ya la flor me alargaba,
ya con dulce desvío
á ponerla volvia
en su tocado mismo.
Dexó con su juguete
mi corazon herido,
y temblando la dixe
entre serio y festivo:
Si aquesa flor me niegas,
ó dueño ingrato mio,
no le niegues los frutos
á mi firme cariño.
Ella entónces miróme,
y riyéndose dixo:

* Habla en boca de un hombre.

toma, toma las flores,
que no hay frutos, amigo.

ODA III.

De Villegas.

No envidio las riquezas,
no envidio los honores,
no envidio los empleos,
ni dichas de los hombres.
Tampoco envidio el lustre
de los grandes Señores,
ni á los excelsos Reyes
en su opulenta Corte.
Pero sí tengo envidia
á muchas producciones
de aquel que sabio imita
al Teyo Anacreonte.
Del inmortal Villegas,
del honor de Españoles,
que con obras divinas
eternizó su nombre.

ODA IV.

De Sileno.

De mi dulce Sileno,
de mi Pastor amado,
diré yo mil finezas,
cariños y regalos.

Diré que los panales
del Hibla celebrado
envuelve en sus palabras,
derrama por sus labios.

Diré que sus canciones
alegran los collados,
suspenden á las fieras,
y son del hombre encanto.

Diré que sus ojuelos::
mas no diré, ya callo,
pues la luz de sus ojos
es llama en que me abraso.

ODA V.

De la mudanza de las cosas.

Al invierno se sigue
la alegre primavera,
que con flores y aromas
los sentidos deleyta.
Luego viene el verano,
que en abundantes eras
con su dorada mies
al labrador le premia.
En pos de este el otoño
con vendimias y fiestas,
y con frutas sabrosas,
que al paladar recrean.
Y en acabando un año,
otro nuevo comienza,
en que los tiempos mismos
tornan á dar su vuelta.
En todo hallo mudanza,
en nada permanencia:

tan solo yo, infelice,
sigo igual en mi pena.

ODA VI.

De Aminta.

Despues que de su esposo,
como recien casada,
delicias amorosas
Lucinda disfrutaba.

Despues que el infelice
Aminta entre mil ansias
lloraba el ver agena
la prenda que adoraba.

Y despues que zeloso
juró de nunca hablarla,
ni verla, si pudiese,
ni oirla, ni nombrarla:

La encontró acaso un dia,
miróle ella con gracia,
rióse con gracejo,
y desarmó su saña.

Habláronse turbados,
volvió á crecer la llama,
y convirtió en favores
las fieras amenazas.

ODA VII.

Del Amante ausente.

¡Ó tres y quatro veces
infelice quien ama,
y que ausente suspira
el dueño que idolatra!
Entre gemido y llanto
ni duerme, ni descansa,
recordando cariños,
que acongojan su alma.
Ya piensa que la olvida,
ya piensa que la ama,
ya duda en la firmeza,
ya duda en la mudanza.
Amorosos deseos
su corazon inflaman,

y zelos aparentes
le yelan y le acaban.
Con mano temblorosa
le escribe alguna carta:
quiere decirle mucho,
y no le dice nada.
Fantaseando á veces
parece que le habla,
y mil veces le llora,
y mil veces le llama.
Siente, gime y suspira
la ausencia dilatada,
y en nada encuentra gusto,
ni encuentra alivio en nada.
Siendo tales sus penas,
siendo tales sus ansias,
que en mal formadas voces
continuamente exclama:
¡Ó tres y quatro veces
infelice quien ama,
y que ausente suspira
el dueño que idolatra!

ODA VIII.

De Laura.

Celebrar quiero á Laura,
y digo que es hermosa,
sin ser sus ojos soles,
ni ser grana su boca.
Ni su frente es la nieve,
ni sus megillas rosas,
ni despide su aliento
delicados aromas.
Ni es marfil su garganta,
ni su risa es la aurora,
ni son jazmin sus manos,
ni son sus pechos pomas.
Mas sin ser algo de esto,
es honesta, es graciosa,
es prudente, entendida,
y tiene una alma heroyca.
Su modestia me encanta,
su trato me enamora,

y encuentro solo en ella
mas belléza que en todas.

ODA IX.

De mí misma.

Por Endimion la Luna
desde los cielos baxa,
dexando el blanco carro
por una cueba parda.

Por Adonis Citéres
á pie corre y descalza,
colorando las rosas
con sangre de sus plantas.

Pues si hasta las Deidades
sienten de amor la llama,
y por amar descienden
de divinas á humanas:

¿Que haré yo estando herida
de la amorosa llaga,
si no darle á mi dueño
corazon, vida y alma?

ODA X.

De las mugeres.

Hay algunas mugeres
como la noche feas,
y hay otras tan hermosas
como soles y estrellas.

Hay algunas juiciosas,
prudentes y discretas,
y hay otras que son locas,
imprudentes y necias.

Haylas con mil virtudes,
vergonzosas y honestas,
y las hay con mil vicios,
lascivas y resueltas.

Hay de ellas quien se jacta
de antigua descendencia,
y hay de ellas quien no sabe
el nombre de su abuela.

Las hay interesadas,
las hay de gran franqueza,

las hay gruesas y sanas,
las hay flacas y enfermas.

Las hay ricas, hay pobres,
cerradas, callejeras,
calladas, habladoras,
corruptas y doncellas.

Mas no hay una tan firme,
que mantenerle sepa
á su primer amante
la debida firmeza.

ODA XI.

De un sitio ameno.

En un jardin ameno
sembrado de alelíes,
bordado de azucenas,
cubierto de jazmines,

Una alfombra de rosas
de tálamo nos sirve,
que con fragancia tierno
es grato y apacible.

Las cristalinas fuentes
bullidoras se rien,
y en su líquida plata
su contento nos dicen.

Á su luciente márgen
violetas se perciben,
jacintos y claveles,
que olores mil despiden.

Ufanas nos coronan
las amorosas vides,
y las lascivas yedras
con sus ramos nos ciñen.

Aquí, pues, con mi esposo
disfruto yo felice
las mas dulces ternezas
del cariño mas firme.

ODA XII.

Á mi hijo.

Hermoso cupidillo,
que sin flechas, ni aljaba

los corazones rindes
con tu donayre y gracia.
Dulce regalo mio,
prenda de mis entrañas,
consuelo de mi vida,
delicias de mi alma.
Inocente advertido,
que á todos quantos tratas
obligas de manera,
que finos te idolatran.
Llega, menino hermoso,
y á tu madre la abraza,
dándome dos mil besos
con tus labios de grana.
Llega, llega á este pecho,
adonde veces tantas
mamaste, y te dormiste
en suave bonanza.
Y dime, como sueles,
razones concertadas
con aquella cordura
que á tu edad se adelanta.

Que yo de Dios espero
el que serás mañana
la honra de tus padres,
la gloria de mi casa.

ODA XIII.

Á Cupido.

Tus finezas, tus glorias,
tus juegos y cariños,
tus gracias y tus gustos
he cantado Cupido.
Pues concédeme ahora,
piadoso y benigno,
que el corazon posea
de mi dueño querido.

ODA XIV.

De mis versos.

Yo merezco disculpa
si los versos no hago

con el donayre y gracia
que el lírico Teyano.

Porque él estuvo siempre
entre amores y tragos,
y yo de amor, y vino
apenas he probado.

Él habla de experiencias,
yo de aprehensiones hablo:
él vivió entre gentiles,
yo vivo entre Christianos.

Él en fin en la Jonia
pasó sus verdes años
en deleytes, y luego
los secos en regalos.

Y yo quieta en mi casa
los años he pasado,
ignorando delicias
de Venus y de Baco.

ODA XV.

De mí misma.

De Venus y de amantes
he cantado tan solo,
sin decir cosa alguna
de Baco y de beodos
Por esto te amostazas;
pero yo te respondo,
que no es posible cante
de aquello que yo ignoro.
Amores he tenido,
vino apénas conozco:
enséñame á beberle,
y te hablaré del mosto.

ODA XVI.

De Cupido.

Entrando Cupidillo
en el jardin de Flora,

como niño jugaba
entre las frescas rosas.

Ya cogia las unas,
ya dexaba las otras,
quando picó una abeja
en su divina boca.

Entónces apenado
del dolor y congoja,
llorando se fué al pecho
de Citéres hermosa.

Empero ella le dice:
calla, niño, no importa,
padezca un dolorcillo
quien tantos ocasiona.

ODA XVII.

Á los libres de amor.

Vosotros, que ya libres
os mirais de los lazos
con que caza Cupido
corazones incautos.

Vosotros, que seguros
estais fuera del lago
donde peligran todos,
donde se ahogan tantos.

Vosotros, que las ropas
ya enjutas del naufragio
colgásteis en el templo
del santo desengaño.

Vosotros ofrecedle
al bello simulacro
con inciensos sabeos
un sacrificio grato.

Y rogadle que quiera
conceder apiadado
el que libre me sienta
del tormento que paso.

Porque pueda yo misma,
mi libertad cantando,
llevarle por ofrenda
las cadenas de esclavo.

Decidle que ya sobra
amor de tantos años,

que desate, que corte
el ñudo de Alexandro.
Pues si me saca libre
de este mar alterado,
á su deidad ofrezco
no tornar á el engaño.

ODA XVIII.

Al Manzanares.

Tu corriente suave,
Manzanáres benigno,
suspende miéntras lloro
y con tus aguas mezclo el llanto mio.
Mi dolor acompaña,
y á mis tristes suspiros
responde con el eco
del prado, de la selva, y del exido.
¡Ay Dios! en este dia,
á mi bien he perdido,
pues de mí se ha ausentado
ofendido sin causa mi Florindo.

Sonoros ruiseñores,
pintados gilguerillos,
amantes tortolitas,
y palomos hermosos y sencillos:
Si hay piedad en vosotros
llorad, llorad conmigo,
pues de mí se ha ausentado
ofendido sin causa mi Florindo.

ODA XIX.

Del amor de Lidia.

Qual traidora ballesta
al páxaro inocente
convida con el grano,
que si le pica muere:
Es tu amor, bella Lidia,
pues si gustos ofrece,
los dineros se gastan,
y la salud se pierde.

ODA XX.

De Delio.

Casado el traidor Delio,
¿para que son las quejas?
¿para que los suspiros
y voces lastimeras?

Quando mis tristes ojos
con el llanto se anegan,
se goza él con la vista
de su amada Gliceria.

Quando yo los rigores
padezco de la ausencia,
entre fiestas y gustos
se divierte y recrea.

Y al tiempo que favores
la pasion me recuerda,
él muy desvanecido
de otro favor se precia.

¿Pues hay mayor locura,
hay mas necia tarea,

que sentir yo las cosas
que á los otros alegran?
Ea, amor y congojas
desde ahora vayan fuera,
que quiero divertirme
los dias que me restan.
Porque si él ha pensado
engañarme, la yerra,
que yo libre me quedo,
y él casado se queda.
Delio es jóven mudable,
Gliceria es vieja fea,
y el matrimonio es vidrio,
que las faltas aumenta.
Los amores se acaban,
los cariños se yelan,
y hay rencillas y chismes,
y hay zelos y pendencias.
Pues vaya, que no quiero
venganza mas sangrienta,
que verle precisado
á la esposa por fuerza.

ODA XXI.

Á Dalmiro.

Dalmiro, si tuvieras
aquel jardin hermoso,
que á las Hesperias daba
en sus frutos el oro.

En frutos, que Citéres,
por su divino rostro,
de Palas y de Juno
logró como despojos.

Frutos, que á toda Grecia
turbaron el reposo,
y llevaron al Ida
devastacion y asombro.

Frutos, que de Atalanta
el curso presuroso
detuvieron, haciendo
á Hipómenes dichoso.

Frutos en fin criados
para regalo propio

de los Dioses y Diosas
del sempiterno coro.

Si este jardin tuvieses,
vencieras amoroso
en doncellas desdenes,
en casadas decoro.

Tú lograras entónces
favores abundosos,
y mil alegres risas
verias en mil rostros.

Mas si no, en vano es versos,
con que, Poetas locos,
decis vuestros amores
con un arte ingenioso.

Si quieres que te quieran
niñas, no seas bobo,
en lugar de conceptos
dales, dales tesoros.

ODA XXII.

Á unas muchachas.

¿Creereisme, muchachas,
pues lo digo de veras,
que me gustan los hombres
por muy feos que sean?

¿Creereis que me agrada
el escuchar finezas,
aunque sean mentiras,
aunque ficciones sean?

¿Creereis que me place
quando veo uno llega,
y me dice cariños,
y me habla ternezas?

¿Y luego llega otro,
y zelos me da y quejas,
y en pos otro, que pide
lo que siempre se niega?

Por eso tengo quince,
que todos me cortejan,

y cada qual se juzga
el amo de la prenda.

Quando uno va, otro viene,
uno sale, otro entra,
uno pisa en la calle,
y otro llama en la puerta.

Á todos esperanzo,
con todos hablo tierna,
á todos finjo que amo,
y á nadie amo de veras.

Quando alguno se enfada
no tomo de ello pena,
porque ya en lugar suyo
convido á veinte, ú treinta.

Y aun me parecen pocos,
porque tener quisiera
para el año que viene
ocho, ú nueve docenas.

El amar á doscientos
no tiene contingencia;
y el amar á uno solo,
mil males acarrea.

ODA XXIII.

Al Desengaño.

¡O, santo desengaño,
hijo amable del tiempo,
que de los hombres eres
el mas sabio maestro!
Tú, que rompes las armas
del vendado flechero;
tú, que tornas la vista
á los amantes ciegos:
Admite compasivo
los dones que te ofrezco
de libertad, de gusto,
de alegría y contento.
Y borra la memoria
de mi cariño necio,
pues de haberle tenido
agora me avergüenzo.
Agora, que descubro
lo que no vide á tiempo,

que es el bien aparente,
que es el mal verdadero.
Los amores suaves,
los gustos y recreos,
qual humo se disipan,
y se esparcen qual viento:
Dexándonos el alma
con pavoroso miedo,
con turbacion y penas,
que del vicio son premio.
Y pues tú, Desengaño,
don venido del cielo,
clemente le otorgaste
á mi dolor remedio,
Yo te rindo mis votos,
y mil veces prometo
no tornar en mi vida
á tales desaciertos.

ODA XXIV.

Á un Amante.

Confieso que te quise,
y te quise de veras;
pero tambien confieso
que en quererte fuí necia.

Sin tus amores dulces,
sin tus blandas finezas,
paso alegres los dias,
paso vida contenta.

Ni me pesa que á otra
tus caricias ofrezcas,
ni que á dos mil cortejes,
ni que á quatro mil quieras.

Ni ménos el que agora
á mi casa no vengas,
y los años se pasen
sin que tus ojos vea.

Pues no afligen pesares,
ni zelos atormentan

á quien ya no te quiere,
ni mas quererte piensa.

ODA XXV.

De mí misma.

Ya no canto de amores,
regalos, ni delicias;
ya no canto blanduras
de Venus Ericina.

Ya no canto los valles,
ni las selvas floridas;
ya no canto gorgeos
de tiernas avecillas.

Porque ausente mi dueño,
á quien adoro fina,
suspendióse mi canto,
y enmudeció mi lira,

FIN.